

REGIS PLANCHET

EL ROBO DE LOS BIENES DE
LA IGLESIA,
RUINA DE LOS PUEBLOS

propiedad del autor;
para mas info bredicion2@gmail.com

“El partido liberal siempre ha tenido hombres eminentes de una probidad exquisita” (Fco. Bulnes).

Printed by

REVISTA



PRESS

El Paso, Tex., U. S. A.
1936

Reverend and dear Father Planchet: The libri censor tells me that you may place his Nihil obstat and my Imprimatur on your latest lucubration: El robo de los bienes de la Iglesia, ruina de los pueblos. The Censor finds your work so interesting that he emitted the wish to see it translated in various of the leading languages of the civilized world...

✠ ARTHUR DROSSAERTS
Archbishop of San Antonio



ABREVIATURAS

- Ada—Paul Adam. Biografía del General Miranda. (Liberal)
Al—Lucas Alamán. Historia de México. 1885. (Católico)
Am—El Amigo de la Verdad. (Periódico católico)
And—Andrés Manjón. Derecho Canónico. 2 tomos. (Católico)
Ant—San Antonio Express. (Diario protestante)
Av—Diario de Avisos. (Periódico católico)
Avi—Eugenio de Aviraneta e Ibargóyen. Mis Memorias Intimas. (Masón manso)
Ay—La Revolución de Ayutla, según el archivo del General Doblado. (Liberal)
Ban—Canónigo Fco. Banegas. Historia de México. (Manuscrito que heredamos del Lic. Fco. Traslosheros)
Bas—Emilio Rabasa. La Evolución Histórica de México. 1921. (Liberal)
Bene—Informe sobre los Establecimientos de Beneficencia y Corrección de esta Capital. Escrito póstumo de J. G. Icazbalceta. (Católico)
Bla—Pedro González Blanco. De Porfirio Díaz a Carranza. 1916 (Socialista)
Boa—Federico Gamboa. Mi Diario. (Liberal y obsceno)
Bol—José Vasconcelos. Bolivarismo y Monroismo. 1934. (Liberal)
Bri—Brígido Caro. Plutarco Elías Calles, Dictador bolchevique de México. 1924. (Liberal)
Cabr—Luis Cabrera. La Reconstitución de los Ejidos. 1913. (Liberal)
Carl—Carlos Pereyra. Historia de la América Española. Tomo III. (Liberal)
Cart—Antonio Manero. Cartas Políticas. 1913. (Liberal)
Casta—La Guerra de Reforma según el archivo del General D. Manuel Doblado. 1857-1860. Publicado por Carlos E. Castañeda. (Liberal)
Cau—Salvador Quevedo y Zubieta. El Caudillo. (Liberal)
Civic—International Civic Organization. N. Y. 1927. (Protestante y Masón)
Cial—El Imparcial de Texas. San Antonio. (Liberal)
Cla—Claridades. Semanario humorístico de Santiago R. de la Vega. (Socialista)
Cod—Blas José Gutiérrez. Código de la Reforma. (Liberal)
Colo—R. Planchet. El Coloniaje y sus Detractores. El Paso. 1927.
Colu—Columbia. New Haven, Conn. (Organo de los Caballeros de Colón)
Cos—Hist. Gen. de México. Continuación de la de D. Niceto Zamacois, por Fco. G. Cosmes. (Liberal)
Croix—La Croix du Dimanche. París. (Semanario católico)
Dren—Most Rev. F. C. Kelley. Blood—Drenched Altars. 1935.
Cue—José de Jesús Cuevas. Sus Obras. Edición de "El Tiempo". (Católico)
Cycl—The Cath. Encyclopedia. N. Y. 1911.
Dem—Hist. de la Cía. de Jesús en la República Mexicana durante el siglo XIX, por el P. Gerardo Decorme, S. J. Guadalajara. 1914.
Dece—Un Decenio de Política Mexicana, por Manuel Calero. 1920. (Liberal)

- Def—Defensa de la Manifestación de los Ilmos. Sres. Arzobispos y Obispos de la República Mexicana.
- Di—Fco. Bulnes. El Verdadero Díaz y la Revolución. 1920. (Liberal)
- Diar—El Diario de El Paso. (Católico)
- Dic—Antonio de la Peña y Reyes. Vidas y Tiempos. 1915. (Liberal)
- Disert—Lucas Alamán. Disertaciones sobre la Historia de México. 1899. (Católico)
- Dub—Legislación Mexicana, Ordenada por Manuel Dublán y José Ma. Lozano. Edición oficial. 1877. (Liberal)
- Eje—Enrique Santibáñez. El Ejecutivo y su Política. 1916. (Jacobino a sueldo de Calles)
- Elg—América Española. Revista del Lic. Fco. Elguero. (Católico)
- Eng—Zephyrin Engelhardt. O. F. M. The Missions of California. (Católico)
- Ep—La Epoca. Guadalajara. (Semanario católico)
- Esco—Rómulo Escobar. El Problema Agrario. 1915. (Liberal)
- Esq—Toribio Esquivel Obregón. El problema agrario en México. (Liberal)
- Ev—Justo Sierra. México. Su Evolución Social. Tomo I. (Liberal)
- Ext—Extension Magazine. Chicago. (Católico)
- Fals—F. Cosmes. El Verdadero Bulnes y su Falso Juárez. (Liberal)
- F. O.—Noticias de Alumnos del Colegio de San Ildefonso de México, por el Dr. Félix Osores.
- Free—The N. Y. Freeman's Journal. (Semanario católico)
- Gang—The Mexican Gang and Mexican Headquarters, by Francis McCullagh. 1928.
- Gen—Julio Guerrero. La Génesis del Crimen. (Liberal)
- Gon—Centenario del Patricio, José Ma. Iglesias, por Agustín Aragón. 1923. (Liberal)
- Gu—Gutiérrez Lara and E. Pinchon. The Mexican People. Their Struggle For Freedom. (Socialista)
- Gue—Fco. Bulnes. La Guerra de Independencia. 1910. (Liberal)
- Gra.—Ricardo García Granados. La Constitución de 1857 y las Leyes de Reforma. (Liberal)
- Hear—Investigation on Mexican Affairs. Washington. Government Printing Office. 1919.
- Heno—Querido Moheno. Sobre el Ara Sangrienta. 1922. México. (Liberal)
- Het—Marcelino Menéndez Pelayo. Heterodoxos Españoles. 1881. (Católico)
- H. P. D.—The Houston Post Dispatch. (Diario protestante)
- Humb—Carlos Pereyra. Humboldt en América. (Liberal)
- Iba—Blasco Ibáñez. Mexico in Revolution. (Liberal)
- Ica—America. New York. (Semanario católico)
- Imp—José Fernando Ramírez. Memorias para servir a la Historia del Segundo Imp. Mex. (Liberal)
- Ind—La Independencia. México. (Diario liberal)
- Ini—Louis La Dinié. Les Phases de la Persecution au Mexique. Paris. (Católico)
- Jou—Monseñor Jouin. Le Péril Maconnique. Les macons. Paris. 1921. (Católico)
- Lab—Luis Labastida. Colección de Leyes y Decretos sobre Desamortización y Nacionalización. (Jacobino)
- L. G. C.—Luis Gonzalo Cuevas. El Porvenir de México. (Católico)
- Leo—Nicolás León. Compendio de la Hist. Gen. de México. 1902. (Liberal)
- Lett—Pastoral letter of the Cath. Episcopate of the U. S. 1926.
- Lib—El Libre y Aceptado Masón. México. (Publicación masónica)
- Lim—Limantour, por Carlos Díaz Dufoo. México. 1910. (Liberal)
- Lu—José Luis Mora. México y sus Revoluciones. (Jacobino)
- Lun—Los San Lunes de Fidel, por G. Prieto. 1923. (Jacobino)
- Lt—The San Antonio Light. (Diario protestante)
- Mad—Madam Calderón de la Barca. Life in Mexico. Boston. 1843. (Protestante)

- Man**—Antonio Manero. México y la Solidaridad Americana. (Socialista)
- Men**—El Mensajero. México. (Diario liberal)
- Ment**—Fco. Bulnes. Las Grandes Mentiras de Nuestra Historia. (Liberal)
- Mind**—The Catholic Mind. N. Y. (Quincenal católico)
- Mon**—El Monitor Republicano. (Diario masónico)
- Mol**—Andrés Molina Enríquez. Los Grandes Problemas Nacionales. (Liberal)
- Na**—La Nación (Diario católico)
- Neg**—Nicolás Marín Negueruela. La Verdad sobre México. Barcelona. 2a. ed. (Católico)
- Ni**—Alberto Pani. Una Encuesta sobre Educación Popular. 1918. (Socialista)
- Noll**—Arthur Howard Noll. From Empire to Republic. (Anticatólico)
- Ob**—Influencia de España y los Estados Unidos sobre México, por T. Esquivel Obregón. (Liberal)
- Oc**—Obras de Melchor Ocampo, editadas por A. Pola. (Jacobino)
- Ois**—Georges Bois. Maconnerie... du Grand Orient. Paris. 1892. (Católico)
- Or**—Emilio Rabasa. La Organización Política de México. (Liberal)
- Osé**—José López Portillo. Elevación y Caída de Porfirio Díaz. (Liberal)
- Pai**—El País. 2. época. (Diario católico)
- Par**—Luis Pardo. De P. Díaz a Fco. Madero. (Liberal)
- Pay**—Manuel Payno. Compendio de la Hist. de México. 7a. ed. (Liberal)
- P. D.**—El Verdadero Porfirio Díaz, por un anónimo. (Liberal)
- Poin**—Joel R. Poinsett. Notes on Mexico. 1824. (Anticatólico)
- Pol**—Manuel Calero. The Mexican Policy of President Wilson. (Liberal)
- Porv**—F. Bulnes. El Porvenir de las Naciones Hispanoamericanas. (Jacobino)
- Pr**—“La Prensa de San Antonio no pertenece a ninguna secta religiosa: en sus páginas caben ideas de jacobinos, liberales, conservadores, escépticos, fanáticos o protestantes” (13. feb. 1927).
- Pres**—El Presente. San Antonio. (Diario católico-liberal)
- Presc**—Guillermo Prescott. Hist. del Reinado de los Reyes Católicos. (Protestante)
- Pri**—G. Prieto. Lecciones de Hist. Patria. (Liberal)
- Prid**—Ramón Prida. De la Dictadura a la Anarquía. (Liberal)
- Pue**—El Sitio de Puebla en 1863 según los archivos de Comonfort y de D. Juan A. de la Fuente. (Liberal)
- Quin**—Gregorio Quintero. México hacia el fin del Virreinato Español. (Liberal)
- Rab**—Emilio Rabasa. La Constitución y la Dictadura. (Liberal)
- Rafa**—Rafael Martínez Carrillo. Apuntamientos sobre las Leyes Agrarias de México. 1923.
- Ram**—Luis González Obregón. Vida de D. José Fernando Ramírez. México. 1901. (Liberal)
- Ramo**—Ramón Prida. Datos.... sobre los E. U. de América. México. 1922. (Liberal)
- Reg**—The Register. Denver. (Semanario católico)
- Reif**—El Sistema Reiffeisen, por el Lic. Miguel Palomar y Vizcarra. 1920. (Católico)
- Rev**—F. Bulnes. Juárez y las Revoluciones de Ayutla y de Reforma. (Liberal)
- Ric**—Ricardo García Granados. Historia de México desde la Restauración de la República en 1867 hasta la caída de Porfirio Díaz. (Liberal)
- Rio**—Juan de Rioja. México Mártir. El Paso. 1935. (Católico)
- Sin**—Víctor José Martínez. Sinopsis Histórica.... de las Revoluciones Mexicanas. 1884. (Católico)

- Soc**—José R. del Castillo. Hist. de la Revolución Social de México. 1915. (Jacobino)
- Spa**—Charles F. Lummis. The Spanish Pioneers. 5a. ed. (Protestante)
- Tap**—Luis Taparelli, S. J. Ensayo Teórico de Derecho Natural. 1884. (Católico)
- Te**—Emeterio Valverde Téllez. Crítica Filosófica... de las obras de Filosofía. (Católico)
- Torm**—José Vasconcelos. La Tormenta. 3a. edición. (Revolucionario e inmoral)
- Torn**—José Ma. Tornel. Breve Reseña Histórica de los Acontecimientos Más Notables de la Nación Mexicana. 1852. (Liberal)
- Un**—El Universal. (Diario socialista)
- Vas**—Mariano Cuevas, S. J. Hist de la Iglesia en México.
- Veg**—Revista Católica. El Paso, Texas.
- Ver**—F. Bulnes. El Verdadero Juárez. (Liberal)
- Vera**—Al margen de la Constitución de 1917, por Jorge Vera Estañol. 1920. (Liberal)
- Verd**—Luis Pérez Verdía. Compendio de la Hist. de México. 5a. ed. (Liberal)
- Vig**—José Ma. Vigil. La Reforma. (Liberal)
- Voz**—La Voz de México. (Diario católico)
- Who**—Fco. Bulnes. The Whole Truth About Mexico. 1916. (Liberal)
- Wis**—Legislación... Sobre Terrenos Baldíos, por el Lic. Wistano Luis Orozco. (Liberal)
- Za**—Niceto Zamacois. Hist. Gen. de México. (Católico)





**1.—¿QUE SON LAS LEYES DE REFORMA?. — RESULTADO QUE
TUVIERON PARA MEXICO. — DEL DERECHO DE LA
IGLESIA A POSEER PROPIEDADES.**

Consideradas bajo su aspecto económico, las leyes de Reforma constitúyenlas los decretos que dictó Juárez desde el 12 de julio de 1859 al 5 de febrero de 1861, en cuya virtud arrebató a la Iglesia todos sus bienes raíces sin indemnización alguna, decretos que Lerdo de Tejada incorporó en la Constitución en 1873 y 74, haciéndolos más opresivos aun.

“Su ley de 25 de septiembre de 1874 contiene, como una jaula de fieras, tres monstruosidades, hijas del odio: primera, una mentira; pues, el decreto de 12 de julio de 1859 no nacionalizó los templos; segunda, la aprobación del acto indecoroso y traidor de vender o donar a los protestantes yanquis los santuarios que la piedad católica había construido con su oro, S. José de Gracia y S. Francisco; tercera, la amenaza tiránica de arrancar al culto, cuando al gobierno le plazca, los sagrados recintos, para tener así sojuzgados a los católicos y principalmente al clero, en pleno régimen de independencia entre la Iglesia y el Estado” (*F. Elguero*).

Principio de ese ataque al Santuario fué la Ley Lerdo o de desamortización que prohibía a la Iglesia conservar sus bienes raíces, pero sin negarle el derecho de percibir el producto de su venta.

Por confesión de escritores hostiles a la Iglesia, esa feroz legislación, además de ser un inmenso robo sacrílego, encendió la sangrienta guerra religiosa de Tres Años y la de la Intervención Francesa, causó el decaimiento de la enseñanza pública, la muerte de la beneficencia privada, y el origen espurio de esos latifundios de donde ha surgido, junto con el pauperismo del proletariado, con la postema del bolchevismo y el general malestar social, esa pavorosa cuestión agraria que, a vueltas de tantas ruinas acumuladas y sangre vertida, aun no puede resolverse.

Además, no todas las propiedades del clero procedían de donaciones. Muchas provenían del cultivo de sus tierras, de su ministerio, de sus bienes de familia, de sus muchas actividades en las artes y ciencias, de los sacrificios de miles de religiosos que trabajan sin sueldo, únicamente por su frugal alimento, su humilde vestuario y la gloria de Dios Nuestro Señor.

Todo hombre, por razón de su propia naturaleza y de su derecho al propio sustento, es capaz del dominio de propiedad, sin que para ello necesite lo autorice la nación. No puede la nación privarle en justicia de lo que legalmente adquirió, a no ser por un delito justificado y probado, o por exigirlo así el bien común al cual deben cooperar proporcionalmente todos los miembros de la sociedad.

Siendo los sacerdotes tan hombres y ciudadanos como cualesquiera otros, por ejemplo, los tahures y las mujeres de mal vivir que en el México liberal gozan del pleno derecho de poseer propiedades, ¿por qué únicamente a los sacerdotes, por sólo serlo, se les habrá de privar de ese mismo derecho?

¿Será acaso porque los bienes del clero están dedicados al servicio de la Religión, de la enseñanza y de la beneficencia, en vez de fomentar el juego y la prostitución?

Toda sociedad para un fin honesto, y "la Iglesia, según Juárez, es una sociedad perfecta" (M. Ruiz, 12 jul. 1859), tiene como la sociedad doméstica derecho a existir; ¿y cómo podría existir sin el derecho de adquirir y poseer los bienes necesarios para asegurar su existencia, educar sus ministros y sostener sus obras educativas y de beneficencia?

Esos principios reconocidos en naciones aun paganas, lo estuvieron en toda la cristiandad hasta la creación del derecho revolucionario, o de la fuerza bruta, que es la negación del derecho tanto natural como divino.

Sin embargo, naciones tocadas en ciertas épocas de locura revolucionaria, Francia, Italia, España y aun México, han admitido su error y condenado su injusticia, con reconocer a la Iglesia, junto con la Corte Permanente de Arbitraje de la Haya, su derecho de poseer propiedades, y con indemnizarla de los bienes que le habían arrebatado.

Otra razón de poseer propiedades el clero, fúndase en el derecho español y leyes de Indias, las que hacen trizas la necia pretensión de que dichos bienes son propiedad de la nación.

A un predicador que había dicho delante de Felipe Dos: "Los reyes tienen poder absoluto sobre las personas y bienes de sus vasallos", le penitenció la Inquisición española obligándole a retractación pública en esta forma: "Los reyes no tienen más poder sobre sus vasallos del que les permite el derecho divino y humano, y no por libre y absoluta voluntad" (Balmes. *El Protestantismo*. t. II).

Cuando pretendió enajenar la Regencia (1822) los bienes remanentes de los jesuitas, que por acuerdo del Papa era entonces lícito adquirir, hubo de confesar, cosa muy honrosa para México todavía no del todo tocado de lepra liberal, que era difícil encontrar compradores.

Tan impopular en tiempo de la Reforma fué el despojo de los bienes del clero que muy floja anduvo desde un principio la compra de conciencias por medio de aquellos caudales, con agravio del idioma llamados bienes nacionales. Decía Prieto:

“Personas que se habían adjudicado fincas del clero, luego protestaron contra la Ley Lerdo” (17 feb. 1861); y los adjudicatarios de aquellos bienes, caída ya la administración de Comonfort, diéronse prisa en devolverlos a la Iglesia.

Según queja de Ocampo, “apenas llegó Juárez a Veracruz, cuando recibió largas listas de denuncias de casas espontáneamente devueltas al clero por muchos beatos que aparentaban que se las habían adjudicado sólo para defraudar la ley y conservarlas para el clero” (22 oct. 1859).

Por manera que “se paralizaba el movimiento de desamortización, ganaba terreno el partido reaccionario, y el que se aventuraba a presentarse como adjudicatario sufría la excomunión eclesiástica y social con más furor que el asesino y el salteador de caminos” (*Pri*), viene diciendo Prieto.

Eso vióse más claro después del drama de Querétaro. “Al entrar los enemigos de la Iglesia en una paz relativa, entraron en otra campaña muy más dura que la militar, la lucha con la familia, con la tradición, con el sano sentido del deber. El México honrado no podía menos de sentirse muy a disgusto en sus tertulias o en el hogar, en compañía de hombres tan manchados con sangre inocente y enriquecidos de tan vil manera con robos sacrílegos. La paradoja de ser ultra-piadosos los hijos y nietos de los reformistas la explican precisamente esa amargura y remordimiento en el padre que para él, o al menos para la familia, fueron lecciones de *cómo no debe* proceder un honrado mexicano” (*Vas.* V. 339).

El positivista Limantour, contribuyente a la erección de una estatua a Augusto Comte, hijo de célebre adjudicatario, y autor de la infame ley contra la beneficencia católica, que “quiso, dice el ateo Díaz Dufoo, que su hijo se educara en la Escuela Preparatoria, ese único establecimiento en que se tallan los intelectos de los hombres libres y los criterios se emancipan de prejuicios” (*Lim*), verbigracia, del sexto y séptimo mandamientos, vuelto ya ultra-piadoso tenía oratorio privado en su residencia de Mixcoac, y en París se manifestaba tan católico que sacaba de pila a sus nietos. (*Pr.* 26 de marzo 1931).

2.—REFUTACION DE LA CIRCULAR DE GUILLERMO PRIETO, ABOGANDO POR EL ROBO DE LOS BIENES DE LA IGLESIA.

Prieto, flamante ministro de Hacienda, que en otro país hubiera pasado por un charlatán, y en el México liberal pareció un hacendista llovido del cielo, creyó acallar los escrúpulos de los adjudicadores dando a luz, tras laboriosa gestación, una disparatada circular (12 feb. 1861) digna de sarcasmo, indigna de refutación, en que sudaba por cohonestar de este peregrino modo la escandalera del saqueo de los bienes de la Iglesia: “el sistema del progreso y civilización se reduce a la

nacionalización de los bienes eclesiásticos.... Ni hay para qué lamentar el regalo y derroche de aquéllos, siendo nuestro objeto quitárselos al clero e imposibilitarlo para que vuelvan a su antiguo destino.... El término final de la Reforma es la total extinción del clero católico (*El Pájaro Verde*. 14 feb. 1861). La base en que la nacionalización descansa por entero es la de que los bienes llamados eclesiásticos son y han sido siempre del dominio de la nación", ineptia que, dicha por Juárez y su camarilla, ha repetido en coro la gárrula turba liberalesca.

¿De cuándo acá puede la nación invalidar un principio de derecho natural como el derecho de propiedad individual, recibido, no de la nación, no de una mayoría irresponsable, sino del Autor de la naturaleza, Dios Nuestro Señor? ¿Cómo podrán diez malandrines unidos para saquear la casa de un hombre honrado, probar porque sean diez contra uno, que este uno no es el propietario?

¿Cómo probarán ante gente de sano criterio el gran disparate de que lo donado a la Iglesia por los fieles en uso de su legítimo derecho de disponer de la suyo, transfiriéndolo a la Iglesia en verdadero dominio de propiedad, es donación hecha a la nación, siendo que en todos sus contratos los donantes expresan distintamente que sus bienes los ceden, no a la nación, sino únicamente a la Iglesia, para sostenimiento del culto, erección de iglesias y conventos, educación cristiana de la juventud, sufragio de las ánimas y otros fines espirituales?

Si los fieles eran dueños de sus bienes antes de donarlos a la Iglesia, ¿por qué después de cedidos a la Iglesia los ha de reclamar como suyos la nación?

Una Ley del Fuero Juzgo que malamente cita el cavachuelista Luis G. Labastida en pro de su tesis reformista, a la que esa ley impugna, reconoce sobre los objetos inmediatos del culto el dominio más alto que cabe imaginar, dominio superior al del pueblo, al del rey y aun del mismo clero. "Esos objetos, reza la ley, son cosas de Dios, a su servicio destinadas, y los clérigos non han el señorío de ellas: tiéneselos como guardadores et servidores", ésto es, administranlas en nombre de quien tiene señorío de ellas, Dios, a cuyo único representante, el Papa, deben rendirle cuenta de su gestión administrativa.

Refuerzan dicha ley estas palabras que estampó Alfonso el Sabio en una ley de Partida: "puede dar cada uno de lo suyo a la Iglesia cuanto quisiere". "Nada dijeron las Partidas, de la ley de amortización", confiesa con lágrimas de sentimiento Martínez Marina, regalista apasionado. Y es que "todos nuestros cuerpos legales, desde el Breviario de Aniano hasta la Novísima sancionan casi en los mismos términos y copiándose unos a otros, la inviolabilidad, perpetuidad y firmeza de todas las cosas donadas a las iglesias" (*Het.* III. 603-621).

Hecha la conquista, vemos esa doctrina aplicarse de un

modo concreto a Nueva España. En virtud de la real cédula de 10. de nov., de 1591, cometida al virrey Luis de Velasco el menor, en la que se pusieron, respecto de tierras públicas, lo que el Lic. Wistano Orozco llama “los ciclópeos fundamentos que son la expresión sencilla de la justicia eterna”, se reconoce a la Iglesia el derecho de poseer bienes inmuebles, al igual de los particulares y de las corporaciones civiles, bienes que por pertenecer a una Majestad superior, la divina Majestad, quedaban exentos de todo pago de contribución. Concluída la Iglesia mayor de México (1656), el virrey la entregó al deán y cabildo de la catedral, representantes de la autoridad eclesiástica, diciéndoles que “de toda ella se podían ya servir, y que así, en nombre de su Majestad, les entregaba las llaves de ella como templo que era de ellos y no de seglares”. (*Ex Antiquis*, por Manuel Romero de Terreros, Marqués de San Francisco).

En 1767, para que pudiera Carlos III apropiarse las temporalidades de los jesuítas, hubo de recabar del Papa el permiso correspondiente. En su informe a la Corona, el segundo Virrey Revillagigedo asentó oficialmente que dichos “bienes temporales, adquiridos para beneficio de los indios y de sus pueblos e iglesias, se consideraron pertenecientes a los regulares extinguidos al tiempo de su expatriación” (*Ob.* p. 265).

Reincarnó aquel principio en los decretos del Rey Católico al restablecerse la Compañía en España y sus dominios; y posteriormente las dos veces que se hizo lo mismo en México.

Cuando Carlos IV enajenó esos bienes en 1804, los recibió en calidad de empréstito, previa autorización del Papa, reconoció a la Iglesia su pleno derecho de propiedad, le dejó lo necesario para manutención del culto, ministros y obras de beneficencia, y le aseguró con hipoteca de las rentas de la Corona los réditos de esos capitales.

¿Qué más? Los tres concordatos que los reyes españoles ajustaron con la Santa Sede en 1805 (*Al. I.* 153), 37 y 51, reconocen a la Iglesia del modo más solemne su dominio supremo sobre todos sus bienes, dominio que más de una vez reafirmó México independiente (*Vide en Dub.* circulares 31 de mayo 1829. 4 ag. 1838. 13 oct. 1841), y proclamó la Reforma con estas palabras de Ocampo: “La ley de 25 de junio conservó a la propiedad del clero el mismo carácter de espiritualización (o bienes eclesiásticos) que el clero deseaba conservar, y que nuestras antiguas leyes así denominaron” (22 oct. 1859).

3.—CONTRADICCIONES DE LOS REFORMISTAS Y SUS APARCE- ROS EN SU DEFENSA DEL ROBO DE LOS BIENES DEL CLERO.

Cosa curiosa y divertida, Miguel Lerdo y el Congreso Constituyente, Juárez y sus ministros, incluso Prieto, reconocieron a la Iglesia la legítima posesión y administración de sus bienes, notablemente en el decreto sobre desamortización.

Tras afirmar la ley Lerdo que hasta junio 25 de 1856, la Iglesia "ha sido la propietaria de todas las fincas que hoy tiene o administra"; y que "en adelante, ninguna corporación eclesiástica tendrá capacidad legal para adquirir en propiedad o administrar por sí bienes raíces", dicha ley admite que más antes la Iglesia tenía esa capacidad, y lo admitió el Constituyente cuando mandó pagar al clero, como a verdadero propietario, el valor de aquellos bienes que la ley Lerdo le obligaba a malbaratar.

Tan incrustado estaba en la mala conciencia de los reformistas el principio de que era el clero administrador y verdadero dueño de los bienes que le robó Juárez, que uno de los signatarios de las leyes de Reforma, Miguel Lerdo, "repartió con festinación pueril varios ejemplares de esa ley en los que llamaba del clero esos bienes, no pudiendo aun desacostumbrarse de considerarlos como tales". Así lo motejaba Ocampo (22 oct. 1859), quien, igual que sus colegas, Doblado, Zarco, Prieto, y aun el mismo Juárez (*Dub.* IX), tampoco podía deshacerse de esa mala costumbre.

En 12 de ag., de 1859, dictó Ocampo una circular en que, echando noramala el sofismo de Prieto, disponía que "los réditos adeudados al clero antes de la ley de 25 de junio de 1856 se pagasen en bonos".

En otra circular (22 oct. 1859) publicada por acuerdo de Juárez, andaba Ocampo tan atarantado en éso de legitimar el saqueo de los bienes de la Iglesia, por él llamados "bienes del culto", en vez de "bienes de la nación", que increpaba a Lerdo, "por haber tratado esos bienes como propiedad del clero, lo que había sido uno de los obstáculos más graves en la región de la inteligencia para dirigir el espíritu público adonde habría convenido".

Dieciocho años después, Díaz volvía con igual terquedad a condenar el magno latrocinio de la Reforma, con "tratar esos bienes como propiedad del clero", (*Dub.* Nota a docum. fecha 31 de mayo 1829), terquedad de la que ni aun los más descarados ladrones habidos y por haber en México pudieron deshacerse. De unos 20 millones que en 1919 arrebató al clero Alvaro Obregón, decía uno de sus órganos, *El Universal*: "Los bienes de la Compañía La Piedad son bienes exclusivamente del clero, puestos a nombre de particulares para defraudar al gobierno" (*Ep.* 21 sep. 1919). Los ladrones acusando a los robados.

Otro Presidente que a Carranza le da quince y falta, en éso de la rapiña descarada, Calles, ordenó a su Procurador de Injusticia: "Proceda Ud. inmediatamente a nacionalizar los bienes del clero". Si los bienes son del clero, ¿con qué derecho les echa la garra el gobierno? ¿Será por que lo dice la ley? ¿Y qué derecho tiene la ley para decir que son del gobierno los bienes del clero? El mismo que el salteador de caminos si llegara a promulgar un bando diciendo: los bienes de los caminantes pasan a ser propiedad de los bandoleros.

4. — REFUTACION DEL SOFISMA DE LA UTILIDAD PUBLICA EN QUE SE APOYA LA NACIONALIZACION.

Como “la resistencia al despojo de los bienes de la Iglesia, dijo un liberal, fué tremenda: con la Iglesia estaban todos los sentimientos religiosos de la población” (*Rafa.* p. XIII), para ver de calmar esa oposición los estadistas cerriles de la Reforma forjaron estotro sofisma: “La utilidad pública autoriza ese despojo, según la Constitución”, si bien en tal caso ésta exige se indemnice al expropiado. Con éso de la utilidad pública sin indemnización, asentaron los reformistas el precedente que por castigo de Dios sirvió más tarde para que los despojaran de sus propiedades rurales, Carranza y comparsa.

Vera Estañol, que aplaude el robo de los bienes del clero, bastardeando los principios de justicia, usa de muy distinto criterio cuando los expoliados son los reformistas, y produce este argumento exactamente aplicable a los caudales usurpados a la Iglesia: “La expropiación por causa de utilidad pública debe ser declarada por los tribunales, previos juicios contradictorios y previa una indemnización justa y efectiva tasada pericialmente.... Para que el propietario quede indemne la indemnización ha de corresponder al valor comercial de la cosa expropiada. Si se paga menos se desposee inicuaamente al propietario de una parte de su patrimonio. Tampoco queda indemne el expropiado por el solo hecho de que se reconozca a su favor el precio de la cosa; éste debe serle pagado en efectivo, antes de que se le prive de la posesión” (*Vera.* p. 100-102).

Hay más: cuando una ley atenta por vía de retrocesión privarle a uno de cierto derecho efectivo y adquirido, cual es el de propiedad, la Constitución declara (art. 14) incurso en nulidad la ley autora de aquel atentado. Tuvo escandaloso efecto retroactivo la ley que despojó al clero, y así lo probó magistralmente el insigne tratadista, Agustín Verdugo (*Derecho Civil Mexicano*), para los reformistas, “jurisconsulto célebre” (*Verd.* p. 536).

Aun “suponiendo, dice Fco. Elguero, que la Iglesia haya sido sólo administradora de sus bienes; pero si éstos fueron donados para determinados y precisos objetos, cual sucedía tantas veces en la fundación de capellanías, legados de misas, de hospitales, de seminarios, de limosnas, etc., ¿cómo podía cumplir su cargo el nuevo administrador que es la Nación, sino aplicando el legado de la manera y en los términos establecidos por el testador, ya que las cosas que se administran, deben administrarse como lo disponga el dueño, no como el administrador quiera?”

Lo propio admitió Ocampo quien, en una enmarañada circular (22 oct. 1859), confesó que se obró injustamente con despojar de sus caudales al clero para darles un destino diferente al fijado por los donantes. “Las donaciones entre vi-

vos y por testamento que forman estos bienes, decía, no pueden ni alterarse en su posesión, ni variarse en sus aplicaciones”.

Respecto a los bienes denominados capellanías de sangre fundadas por particulares, Ocampo les reconocía el derecho de cobrar lo suyo, condenando en estos términos a sus despojadores: “La ocupación de los bienes de las capellanías de sangre es una ofensa contra todas las leyes de justicia y de moralidad”.

Pero ¿cómo pedir justicia y moralidad a una administración emanada de la mayor inmoralidad e injusticia, a quien diósele un ardite la voluntad tanto de los vivos como de los muertos, por más que a ésta la amparase la Constitución? ¿Quién iba en ese caso a exigirle aplicara el principio de derecho común: “Cuando un legado por antijurídico, o porque cese su objeto, no puede cumplirse, acrece la masa de la herencia”, siendo que muchos fundadores de capellanías tenían sucesores aun reconocidos, los que lisa y llanamente resultaron despojados “contra todas las leyes de justicia y de moralidad”?

Luego, según Ocampo y demás reformistas, es de todo punto falso que “los bienes eclesiásticos sean y hayan sido siempre del dominio de la Nación”; luego, el hecho de haberlos secuestrado la Reforma constituye un vergonzoso latrocinio condenado por “todas las leyes de justicia y de moralidad”, como repetidas veces se le escapó a Ocampo, al notar de ladrones a los adjudicatarios. (*Mol.* p. 52).

“De la Independencia acá, blatea un tal Alfonso Teja Zabre, jacobino enardecido, puede decirse que no se ha realizado una empresa económica y social de tanta importancia como la Ley Lerdo” (*Diar.* I. oct. 1927). Sí, que se puede decir cualquiera majadería por cualquiera de aquellos liberales que tan buen verde se dieron forrajeando en los bienes robados al clero. Con toda franqueza y sin melindres dice muy bien León Daudet: “No hay liberal que no sea un gran borrico, tanto más grande cuanto más liberal sea” (*Estúpido Siglo XIX*).

El que la ley Lerdo, por sectarios de escaso magín tan elogiada, sea lo mejor que en México se haya escrito sobre estadística es, en frase del P. Cuevas, “una fábula indecente, puesto que esa ley cabe en una sola hoja de papel” (*Diar.* 1928). Justamente censura el masón Vigil el poco seso con que aquella fué pergeñada, “la que debía, según él, reputarse como el trabajo más perfecto, supuesto que lo había aprobado una sociedad científica integrada por grandes capacidades en ciencia y letras. La Sociedad de Geografía y Estadística ciertamente no leyó el trabajo que corre con su aprobación. En él hormiguean errores tan garrafales que sería muy aventurado apoyarse en sus aseveraciones”.

5. — LOS REFORMISTAS OCAMPO, PRIETO, IGNACIO ALTAMIRANO Y JOSE Ma. ARTEAGA TACHAN DE LADRONES A LOS ADJUDICATARIOS. — EL FONDO PIADOSO DE CALIFORNIA.

Tan recio le aullaba su conciencia a Ocampo, que a los que le aconsejaban se remediase con bienes de la Iglesia, les dió esta respuesta característica de su falta de sindéresis: “Nosotros creímos que era indispensable la desamortización de los bienes del clero, pero no creímos justo tomarnos un palmo de tierra”, (*Oc. II. p. XCI*) como si lo que es injusto robarse para sí, no lo fuera robándose por cuenta de otro.

El jacobino Altamirano, que quería ahorcar a los obispos, convirtió en timbre de gloria para “aquel hombre que el pueblo decía venir del infierno”, Ignacio Ramírez, torpe remedador de las muecas de Voltaire, “el no haber buscado su recompensa, adjudicándose bienes del clero” (*Ac. p. 65*). Según la Historia, sí que la buscó y la halló espléndida, apañándose unos murillos de muchísimo valor que él mismo fué a sacar de los conventos de Puebla y vendió a una casa extranjera. (Memoria sobre la propiedad eccia.... y víctimas hechas por los demagogos de 858 a junio 863.... por R. G. H.)

Prieto, que lleva vela grande entre los llamados “inmaculados”, por más que sus admiradores le noten de “ennegrecida fisonomía moral” (*Boa. II 20*), se jactó de “haber sacrificado a una reputación sin mancha” la parte del botín que le tocó en el pillaje de los bienes del clero. (*Lun. p. 10*)

José Ma. Arteaga, gobernador de Estado, consagrado “benemérito de la patria”, padecía también del escándalo farisaico que cuela el mosquito y se traga el camello, al contestar a quien le preguntaba que por qué no se cogía una finca del clero: ¿“Acaso se me ha puesto de gobernador para robar? Prefiero que mi familia muera en la miseria y no se diga al verla gastando lujo: sí, está rica, porque su padre robó cuando gobernador” (*Ro. II. 433*).

Como se ve, eran los grandísimos bellacos de la Reforma de una honradez parecida a la del rojo León Guzmán, para D. Fco. Elguero, “hombre extraordinariamente íntegro” (*Elg. 1922. p. 1638*), al revés de este dicho del valiente polemista, Fco. Alatorre: “Liberales, todos masones, todos la... dinos”. Liberales y honradez, dos cosas que andan a la greña; porque “éso de robar, dijo Quevedo, no es arte mecánica, es arte liberal” (*El Buscón*).

Si para Ocampo, Prieto y Arteaga, verdaderos liberales en el mal sentido de la palabra, la nacionalización constituye un robo descarado; si Cabrera, ministro del “primer jefe de los ladrones”, Venustiano Carranza, reconoció que aquélla fué “aparentemente injusta”; si el liberal Duclos-Salinas la afea de “ley que no puede ni debe perpetuarse por ser retrógrada e injusta” (*Sali. p. 69*); si ella, admite Rabasa y Prida,

es un escándalo para los demás pueblos, especialmente los sajones (*Rab.* p. 48. *Ramo.* p. 297) ¿en qué base más falsa, deletznable y movediza pudiera descansar el mayor latrocinio que México haya presenciado?

Decía Prieto: "La base en que la nacionalización descansa por entero es la de que los bienes llamados eclesiásticos son y han sido siempre del dominio de la Nación... Apartarse de este principio sería cantar la palinodia de las leyes de Reforma, incurrir en espantosa contradicción y justificar los cargos hechos a los liberales por los reaccionarios" (*Lab.* p. 154).

El facedor de trovas paticojas cantó por lo visto, en unión de los demás escribidores de la Reforma, una ruidosa palinodia, incurrió en vergonzosa contradicción y justificó cuantos cargos hechos a los reformistas, cuyo ministro, en sus *Lecciones de Historia Patria*, siguió denominando "propiedad del clero" a esos mismos caudales que, según él, "eran y habían sido siempre del dominio de la nación".

"Que la nacionalización pueda sostenerse en las reglas conocidas del derecho y la justicia, escribe Couto, gloria insigne del foro mexicano, me parece que es cosa que nadie cree. El poder de las revoluciones, que como torrentes salidos de madre todo lo doblan y arrasan, podrá alcanzar para ejecutarla, pero no hay esfuerzo de ingenio, no hay erudición que baste a defenderla". De ahí que la oleada de maldiciones que por ese despojo, sobre Juárez lanzaron los mexicanos, sirviera para arrimar nuevo combustible a lo que llama un liberal: "el más terrible de los incendios en que jamás haya ardido la República" (*Wis.* p. 701).

Hechos posteriores de cierta resonancia vinieron a dar la razón a Couto y cubrir de ignominia a los ladrones de bienes del clero.

Cedida la California al gobierno norteamericano, éste reclamó al de México el Fondo Piadoso donado para evangelización de California y confiscado por gobernantes liberales de México. El tribunal de arbitramento, al que fué sometida la reclamación, resolvió en 1875 en contra de México. México apeló a la Corte de Arbitraje de la Haya, fundándose en este pobrísimo argumento plagiado a los socialistas, que presentó Ignacio Mariscal, ministro de Relaciones y representante del gobierno mexicano: "La desamortización y la nacionalización de los bienes eclesiásticos son de una validez incuestionable bajo el aspecto político y social, y no menos en vista de los favorables resultados que esa determinación ha producido para consolidar la paz y promover el progreso de la República".

El tribunal de la Haya, a par del de primera instancia, rechazó el argumento de la soberanía del gobierno de México sobre los bienes de la Iglesia y pronunció unánimemente: "El gobierno mexicano pagará al de los E. U. de América, un millón, 420,862 pesos mexicanos con 99 centavos", renta que están disfrutando los obispos de San Francisco y Monterrey.

Con haber aceptado y firmado este fallo Ignacio Mariscal y “el usurero Ignacio Pombo” (*Morias*), ambos vinieron a firmar contra los reformistas y liberales de cualquier pelaje, solidarios con sus ideas del idolillo zapoteca, su propia e inapelable condenación, dándonos derecho para echarles en cara, junto con la Casa Blanca, la nota infamante de ladrones sacrílegos con que habrán de cargar a perpetuidad ante el tribunal de la Historia, el enemigo que más aborrece la tri-punteada canalla.

6. — LA REFORMA LIBERAL ACARREO A MEXICO IGUAL DESASTRE QUE A INGLATERRA SU REFORMA PROTESTANTE. — ALABAN LOS LIBERALES EL BUEN EMPLEO DE LOS BIENES DE LA IGLESIA.

Considerada tan sólo bajo su aspecto económico, la desamortización y nacionalización de los bienes del clero atrajeron a la nación los mismos males que a Inglaterra su Reforma protestante, madre y dechado de la Reforma liberal.

“Nunca disfrutó de tanta prosperidad la clase obrera en Inglaterra como en los siglos que precedieron a la Reforma, dice un protestante. Gozaba de prosperidad, no sólo porque los jornales eran buenos y el costo de la vida barato, sino también porque el Gobierno protegía sus derechos y fijaba por ley el mínimo que se podía dar de jornal, mínimo que con frecuencia era excedido por el que de hecho se pagaba. Después de un estudio comparativo de los jornales en todas las épocas según su valor relativo a las compras que con él se efectúan, se ve que los jornales más altos fueron durante el Gobierno del católico rey Enrique VII” (*Holy Cross Magazine*, protestante, en *Veg.* 9 ag. 1914); mientras que las consecuencias de la Reforma, escribe el protestante Cobbett, inglés él, “son necesariamente esa miseria, esa desnudez, esa hambre, esos odios eternos que aturden nuestros oídos a cada paso que damos, males todos que la Reforma introdujo entre nosotros, en lugar de aquella abundancia, de aquella felicidad y de aquella unión y caridad cristiana de que tan plenamente gozaron nuestros padres católicos durante tantos siglos... Entonces tenía el pueblo alimentos en abundancia, con toda especie de carnes y de peces, y de éstos en particular había grande cantidad. Vestía paños de buena lana, y las casas estaban provistas de todas las cosas necesarias para hacer la vida cómoda y feliz”.

Desde 1540, el parlamento inglés hubo de votar subsidios para 57 ciudades que habían decaído a causa de la destrucción de los conventos por Enrique VIII, repartidos entre sus nobles y cortesanos a cambio de sumisión y obediencia. La primera colecta para indigentes, principio del *Poor tax*, comenzó después de la Reforma, en 1538. Contestes son los historiadores en afirmar que el pauperismo, una de las llagas más horribles de la Inglaterra actual, data de la confiscación de los bienes eclesiásticos (t. II. *Statutes of the Realm*.

32, pássim) por Enrique VIII. En tiempo de aquel rey, por protestante muy simpático a los liberales, “mandóse que los *obstinados mendigos* fuesen bien vapuleados la primera vez que pidiesen limosna; privados de las orejas la segunda, y ajusticiados la tercera. El hecho de que durante el reinado de ese gracioso soberano hayan sido colgados 2.000 vagabundos por año, prueba que las autoridades no tomaban a broma tal disposición” (José López Portillo).

El protestante William Ashley, economista de fama europea, declaró enfáticamente que una de las causas de la ruina de la agricultura en la Gran Bretaña, es la Reforma protestante, “la que creó al capitalismo inglés. Los más de los ingleses que poseían en 1500 su hogar propio, en 1600, impuesta ya la Reforma, eran sólo un 75 por 100, o probablemente un 60 por 100 de la población; en 1700, no formaban ya ni el 50 por 100, en tanto que en 1900, todos los terrenos estaban acaparados por menos de la décima parte de la población total” (Hilaire Belloc. *The Monitor*. Newark. 24 may 1919).

En México, igual que en Inglaterra, “la Iglesia poseía bienes cuyo origen de propiedad era el más santo y justo de cuantos pueda haber: la piedad y la caridad, las dos más grandes virtudes del corazón humano, y la donación, el uso más eminente y generoso del dominio” (*Cue*). Bienes eran éstos que un positivista de nombradía, Taine, y el sañudo anticatólico, Gibbon, que dijo: “Francia fué formada por los obispos, como el panal por las abejas”, reconocen que eran una pequeña recompensa de los beneficios inmensos dispensados por la Iglesia a los pueblos (*Origines de la France Contemporaine*), beneficio que un ladrón de aquellos bienes, Comonfort, así proclama y ensalza: “Creo firmemente que el clero mexicano ha civilizado a México y ha llenado en la sociedad una misión sublime, como ministerio de una Religión eminentemente benéfica y civilizadora”.

Mas no poseía el clero lo que el odio y la codicia habían abultado para los intereses de la Reforma. El ministro y masón norteamericano, Poinsett, escribía en 1822 que casi toda la pequeña propiedad tenía sobre sí hipotecas en favor de la Iglesia, cuyos bienes eran legados para misas y objetos piadosos, resultando que la Iglesia no era dueña, sino tan sólo administradora de esos caudales. Cuanto a los bienes que le pertenecían, “era dueña de ellos para cuidarlos y explotarlos; pero el usufruto de los mismos lo comunicaba fácil y amorosamente con los pobres para servir sus necesidades. De esta manera la Iglesia se interponía entre el propietario y el desposeído, y ni éste sentía su necesidad, ni aquél abusaba de su abundancia” (*Cue*).

Tan evidente es aquéllo que lo vocean desorejados impíos de la calaña de Juan Mateos, Fco. Bulnes y Enrique Santibáñez, este último sumamente resentido contra “aquella Iglesia apergaminada y regañona que invoca el nombre

de Dios como el Jehová irritado y vengativo del Antiguo testamento" (*Eje.* p. 100 y 168).

Sin embargo, los liberales zampatortas algo bueno hallaron para remedio de su laceria en los bienes de aquella Iglesia apergaminada. Estos, según el berrinchudo Santibáñez, muerto cristianamente de cónsul en San Antonio, (1930) "formaban el único banco de avío establecido en la nación, que con el 3, el 5 y cuando más el 6 por 100 anual servía en sus necesidades al minero, al agricultor y al comerciante por el tiempo que fuese suficiente para el fomento de sus negocios; el que impulsaba más que ninguna de las otras clases sociales, más que todas juntas, el progreso de las artes plásticas con los trabajos inagotables que tenía emprendidos en templos y monasterios; el que en cera, aceite, vino para consagrar y telas delicadas para las vestiduras sacerdotales y adornos de las imágenes, daba gran movimiento a ciertas industrias y al comercio; el gran protector de los joyeros y cinceladores; el que asistía muchos hospitales, orfanatorios, escuelas y seminarios; el que daba trabajo a 40.169 personas, pertenecientes a las clases industriales" (*Eje.* p. 165).

Juan Mateos, que tampoco peca de beato y pasó toda su vida arrojando pedradas a las vidrieras de la Iglesia, si bien murió sacramentado, dijo muy atinadamente, por descuido del diablo: "En los tiempos del antiguo régimen, cuando el clero poseía un gran número de fincas, se pasaban los años de los años sin que muchísimas familias pobres sufrieran la vergüenza del lanzamiento de que son víctimas hoy. La sórdida avaricia de los propietarios de ahora no perdona como perdonaba y disimulaba el clero, animado por un espíritu verdaderamente cristiano. La Iglesia facilitaba sus capitales a un tipo mínimo que hoy no se conoce: al 5, y como máximo al 6 por 100, que se llamaba rédito legal. ¡Qué raro era el que se fijasen cédulas hipotecarias en las fincas que reconocían capitales de mano muerta! Por éso, al hacerse la desamortización, yo propuse que se creara un banco de los pobres con los millones del clero. Pero mi voz se ahogó en medio del tumulto y de las pasiones de la revolución: por éso, el interés individual egoísta y exigente deja hoy sin hogar a todas aquellas familias que encontraban tolerancia y disimulo en la colectividad de la Iglesia, a la cual no agujijoneaban las necesidades más apremiantes del individuo" (*Voz.* 21 oct. 1893).

El Lic. Víctor Martínez vió casi siempre perdonada una tercera parte de los réditos del clero, a veces la mitad, otras veces el todo y siempre refaccionados a los deudores (*Sin.* p. 150), según lo comprueba el liberal, Nicolás León y Don Fco. Elguero. "Con generosidad y desprendimiento que sólo la caridad puede inspirar, el clero condonaba muy a menudo sus réditos al labrador enfermo, a los niños huérfanos, a la viuda afligida; y los condonaba siempre al agricultor

cuyas cosechas se habían perdido, cuando el liberal código civil autoriza para que se exija la renta, aunque por heladas tempranas o langostas imprevistas el predio no haya producido ni una sola mazorca... Nunca se vió el caso, hoy muy común, de que dejara el clero sin pan ni hogar a una familia desvalida" (*F. Elguero*).

A los operarios de sus haciendas solían los jesuitas pagarles más salario que los demás hacendados; al casarse les proporcionaban yuntas de bueyes, semiflas, tierra para su manutención y los jubilaban cuando llegaban a la vejez. (*Dcm. I. 201*).

De esa manera, salta el heterodoxo Carlos Pereyra, era como "la nación se sangraba en beneficio del clero" (*Carl. p. 368*), o según berreaba la recua de rumiantes acorralados en el bramadero legislativo, dóciles a la voz del cencerro de Calles: "El poder temporal del clero mexicano constituyó una losa económica que todo lo oprimía" (*Diar. 13 set. 1926*), o como se desabrocha un zafio normalista que parece no saber enseñar otra cosa que los dientes: "Antes de la gloriosa guerra de Reforma, era el clero la garra social que atenaceaba al pueblo como un cascanueces" (*Quin. p. 69*). ¡Y qué bien les vendría a esos maestros Ciruelas se les cascara las liendres del cogote por divulgar tales majaderías en su "escuela embrutecedora, ignominiosa e inmoral", rompe Bulnes (*Veg. 2 jun. 1907*), "que sólo sirve para fabricar asnos", remacha el ingeniero Nicolás Durán! (*Ni. p. 99*).

En su debido lugar se hablará más extensamente del bienestar que se disfrutaba antes de la Reforma, en contraposición al cuadro aterrador del hambre torturante hasta ahora nunca vista que padece México, por el robo de los bienes de la Iglesia bajo la presidencia de insignes ladrones.

En 7 años y medio de gobierno bolchevique, desde el primero de mayo de 1917 al 17 de diciembre de 1924, se erogaron sólo en ampliaciones del presupuesto, admitió Calles, mil millones 138,000 pesos sin justificación de esa cantidad, por falta o destrucción de documentos que comprobaren dicho despilfarro.

Bajo el régimen de Obregón (1920-24) sacaban a manos llenas sus generales el oro de la Tesorería Nacional. Una noche que perdió el general Serrano 60.000 pesos jugando con el torero Gaona, los pagó sin dificultad con un vale contra el erario.

Por carecer el gobierno de hombres de cultura superior, pidió en mayo de 1928 que examinara la situación económica del país el americano Elmer Young. El cual halló que seis meses antes los seides de Calles habían despilfarrado sólo en gastos de gasolina para sus automóviles, \$1.300.000. (*Diar. 17 mayo 1928. (1)*)

(1) "Exploraciones científicas como las arqueológicas, sobre la fauna y la flora, y sobre los recursos naturales del país, tiene que hacerlas el extranjero, como sucede para vergüenza nuestra. Hasta la Historia Nacional la está reconstruyendo el extranjero para enseñanza de los mexicanos". (*Omega 5 en. 1935*).

En otras palabras, la revolución despilfarró en 7 años y medio una suma equivalente al importe de la deuda pública contraída en un siglo de vida independiente. Y la despilfarró con la agravante de que a la salida de Díaz halló en la Tesorería un excedente de 70 millones (*Rafa.* p. 80), subió a más de \$30 los tributos fiscales que entonces correspondían a \$9 por ciudadano, y aumentó en más de un 500 por 100 las contribuciones al comercio y a la industria, causa de que en varios Estados se cerrasen muchas empresas y decayera toda clase de negocios. (*Pr.* 17 set. 1927. 16 oct. 1928).

Otrosí: por impuestos originados de la industria petrolera, no existente en tiempo de Díaz, la revolución cobró 45 millones de dólares en 1922, sin que alcanzara a pagar sus empleados, menos a los hambreados maestros de escuela que estaban clamoreando en toda la República, con más estridencia en la tres veces heroica Veracruz, por el pago de sus sueldos atrasados. En ninguna parte de esa urbe, decía un humorístico, puede verse las tres h., siendo lo más prominente allí las macabras ringleras de zopilotes, esperando cachazudamente que acaben de agonizar los maestros de escuela.

Incapaz Calles de nivelar su presupuesto, gastó miles de adulaciones con el embajador americano hasta cantar en su presencia al son de la guitarra, y hacer piruetas delante de un toro que lo tiró por el suelo: todo éso a fin de traer aquel bufón sonrisas a la cara de su amo y por su mediación conseguir un empréstito de los banqueros de Wall Street. Contestó (febrero 1928) el *Wall Street Journal* que no sólo le cerraba sus puertas, sino que aconsejaba a los capitalistas de todo el mundo que “consideraran los peligros a que se exponían en el caso de hacer inversiones en México”.

El 7 de junio de 1922 la prensa de N. Y. daba cuenta de que dichos banqueros, en vista de la falta de honorabilidad del gobierno mexicano, le habían pedido como salvaguardia de sus dividendos, depositar en banco de N. Y. las contribuciones del petróleo. (*Rafa.* p. 83).

Más claro habían contestado las cinco solicitudes de fondos que les hiciera Carranza: “No es nuestra voluntad prestar dinero a un racimo de bandidos, to a bunch of bandits” (*Hear.* p. 703. 694).

De esa falta de honorabilidad por parte de Calles, causante de “la más espantosa crisis económica”, según el bolchevique Soto y Gama (*Veg.* 1928. p. 500), el extorsionado pueblo mexicano tenía que pagar en 1928, a más de los mencionados \$1.138 millones, otros mil millones por concepto de pérdida de vidas y propiedades que causaron a los yankis las revoluciones (*Diar.* 6 jun. 1928) que ellos, ayudados por traidores de casa, atizaron con el confesado objeto de aplastar a México bajo el peso de una deuda imposible de solventar en cien generaciones.

Según las pavorosas estadísticas, el capital inglés invertido en México representa en cifras redondas mil quinientos millones de dólares, siendo el norteamericano inferior en sólo unos cuantos millones; ésto sin contar con otros millones invertidos en el país por otras naciones, ni con la tremenda deuda exterior mexicana cuyos pagos en suspenso pasaban del millar de millones en 1934, debido a que los pagos incumplidos, sumados al capital primitivo, están devengando al mismo tiempo intereses que aumentan en forma imponente. A la fecha, México, no obstante sus alardes de progreso, está en la absoluta imposibilidad no sólo de un amortizamiento paulatino, pero ni siquiera de cumplir con los intereses de su deuda. (*Pr.* 9 nov. 1934) Eso mismo admitió el presidente en su mensaje de 1934, con la agravante de que “rechazaba el pueblo la idea de pagar las obligaciones que excedan a nuestra capacidad para cumplir esos compromisos”, lo que era tanto como invitar a los E. U. a poseionarse de México sin necesidad de invasión militar.

¡Cuán cierto que la maldición de Dios cae siempre sobre los invasores de los bienes de la Iglesia! “Nunca se ataca el edificio religioso sin que tiemble y se cuartee el edificio social” (*Het.* II. 690). Por éso, “México es en América el país más pobre, el país más inculto, el país más tiranizado” (J. Vasconcelos. *Pr.* 10 julio 1929), donde la Revolución, según un miembro suyo, degolló un millón de proletarios (Lombardo Toledano. *Excelsior.* 12 feb. 1930), y lanzó fuera de México a “cuatro millones de sus hijos, repartidos desde Alaska hasta Patagonia, en busca de pan” *Pr.* 10 ag. 1929) y de libertad.

Declaró en San Antonio (oct. 1929) el subsecretario de Gobernación, que no podía el Gobierno dar ocupación a los mexicanos que volvieran a su patria; porque no irían más que a sumarse a los 300.000 sin trabajo que entonces había, los que, junto con sus familias significaban un millón y medio de bocas sin alimento, y a la vez el más completo fracaso del régimen bolchevique.

7. — FIN DE LA LEY LERDO FUE HERIR AL CLERO.

El objeto principal de la ley robo fué empobrecer al clero so pretexto de favorecerle, “sobre lo cual, dice Vigil, se guardó un estudiado silencio” que llegó a romperse en las discusiones del Congreso.

En la República pasarían de 10.000 las haciendas cuya extensión era de 88 kilómetros cuadrados o más. Como la ley robo iba sólo contra las 300 fincas del clero, éstas se expropiaron forzosamente, pero respetándose como sagradas las 9.700 de los seglares. Con la miseria de unos seis millones que valían aquellas fincas malbaratadas al 12% de su valor, pretendía la ley robo “remover uno de los mayores obstáculos para la prosperidad y engrandecimiento de una gran parte de la propiedad raíz”. La desamortización de esa mínima

parte, 300 fincas, frente a las 9.700 intangibles (*Carl.* p. 382), en vez de prosperar la producción agrícola, no hizo más que atrasarla miserablemente.

A los liberales clareados de hambre que bramaban porque se arrebatara todos los bienes de la Iglesia, Fco. Zarco hízoles notar que gran cosa era conquistar el principio de la desamortización como base de otra reforma mucho más radical, la nacionalización, o sea el robo de los bienes de la Iglesia sin compensación alguna; que en estos momentos mucho valía la prudencia, ya que las medidas violentas por Farías usadas en 1833 y 47 sólo sirvieron para promover la guerra civil, atraer la invasión norteamericana, derrocar al partido liberal y frustrar la Reforma. (*Vig.* p. 152-3)

En premio a tan buen consejo, regaló el Congreso a la viuda e hijos de aquel jacobino, canonizado "benemérito de la patria", unos 30,000 pesos en parte robados al clero. (*Dub.*)

Otra de las razones de la ley robo, decía el tartufo de Juárez, era "favorecer al clero mejorando sus rentas" ¿Y de qué manera? forzándolo a vender sus fincas a determinadas personas, los arrendatarios; en determinado tiempo, tres meses; en un precio determinado sumamente bajo y sin garantías. Con ese favor perdió la Iglesia todos sus bienes raíces, único haber del pobre, del artesano, del enfermo, de la viuda, del huérfano.

Unas casas que habían costado al Hospicio de San Juan de Dios \$80,000, se remataron en \$18,100. Suponiendo que se redimiera este capital por el 25% en efectivo, y admitiendo hasta el 30% por el papel y gastos, aquellas fincas resultaban vendidas en \$5.430, con una pérdida de \$74.540 para los pobres. (*Bene.* p. 81. 289).

Pérdida mucho más considerable habían de sufrir éstos del extranjero, Limantour. Aquel aventurero compró en la friolera de \$40,077,90 centavos 50 fincas del clero con que el gobierno había valuado en \$525,528, resultándoles a los pobres una pérdida, y a Limantour una ganancia de \$485,550. (Monjardin. *Ocurso...* México. 1862)

Igual despilfarro verificóse en los Estados. Existía en León un magnífico hospital que sostenían las rentas de propiedades raíces. Vendidas éstas, un gobernador liberal se echó sobre el fondo convertido en numerario, y se asignó a cada asilado una dotación diaria de 6 centavos. (*Ob.* p. 277).

No nada más las propiedades de mano muerta: las de toda corporación, gremios, colegios, escuelas, propiedad comunal y ayuntamientos fueron despilfarradas. Estos poseían solares y casa que hubieron de comprar después pagando doscientas o trescientas veces más de lo que recibieron (*Pr.* 12 junio 1929): barbarie que saca los colores al socialista Vasconcelos, al apologista de Calles, Esquivel Obregón y demás liberales de alguna cultura.

8. — LA DESAMORTIZACION SOLO ENRIQUECIO A LOS GRANDES HACENDADOS Y DESPOJO DE SUS TERRENOS A LOS INDIGENAS.

Al disolver las comunidades religiosas, la ley disolvió también las de los indígenas cuyas propiedades comunales, divididas individualmente entre los comuneros, vinieron muy pronto a parar en manos extranjeras.

Conocida la naturaleza de las tierras de México y las condiciones climatológicas del país, no podían aquellas propiedades ni las fincas del clero parcelarse de un modo que beneficiara a la nación, mucho menos a los indígenas.

Divídese la superficie de México en un 10% de terreno de cultivo posible y riego innecesario, en un 20% de terreno de cultivo posible y riego necesario, y en un 70% de terreno de cultivo imposible. (Ingeniero Jesús Galindo. (*Pai.* 13 ab. 1924) Diez años después, no era ya, según los últimos informes de la estadística, el 70, sino el 80% de terrenos que se hallaba agrícola y económicamente improductivo. (*Pr.* 24 mayo 1934).

Descartado el 70% de tierras incapaces de cultivo, y fijándonos en el 20% de tierras necesitadas de riego y carentes de lluvias suficientes para producir una cosecha regular, una vez parceladas entre los indios, ¿qué sucederá con ellas? Faltos sus dueños del capital para explotarlas, comprar maquinaria, levantar ingenios y presas, formar grandes obras de regadío, mantenerse a flote durante los años en que se perdió la cosecha, aquellas tierras dejarían de rendir, cual las rendían al hacendado, las ricas cosechas de antaño, por contentarse los indígenas con levantar lo precisamente necesario para su frugal sustento.

Así destruyó el liberalismo una de las más benéficas leyes de Indias, la ley solariega (homestead), que de México pasó a E. U., la que invalidaba la enajenación de aquellos terrenos de comunidad, que “eran, escribe Pereyra, la defensa única de los indígenas contra el mercantilismo despiadado de los blancos, más exterminador dentro de formas hipócritas que la codicia de los encomenderos” (*Humb.* p. 208).

Según Luis Cabrera, “en ciertas zonas de la República, principalmente en la Mesa Central, todos los ejidos se encuentran constituyendo parte integrante de las fincas circunvecinas” (*Cabr.* p. 15), “no llegando muchos indígenas a ser un solo día propietarios de las fracciones que les dieron en adjudicación. Si se hiciera una investigación acerca de los precios de venta, se encontraría que un terreno había costado al comprador alguna pieza de pan; otro, algunos cuartillos de maíz; y los más, algunas jarras de pulque, o algunos cuartillos de aguardiente” (*Mol.* p. 58); al grado que “la Reforma no produjo un propietario por millar” (Indalecio S. Gavito. *Elg.* 1922 p. 1711), y tuvo en esa cuestión agraria, según Bulnes y García Granados (*Who.* p. 96. *Gra.*

II. 102), “el más completo y desalentador de los fracasos”, por Díaz acrecentado con su expoliadora ley de baldíos, la que, en vez de fraccionar esos terrenos, aumentando con ello el número de los pequeños propietarios, a éstos les arrebató sus tierras que entregó a la voracidad de “los favoritos de Díaz o especuladores en gran parte extranjeros” (*Ric.* II. 112).

9.—NEGRA MISERIA DE LOS INDIGENAS CAUSADA POR LA LEY DE DESAMORTIZACIÓN. — SU EMIGRACION DEL PAIS. —
LA TIERRA DE LOS MENDIGOS.

Por causa de esas Leyes de Reforma, “leyes de alta civilización” (*Ep.* 25 feb. 1923), dijo el viejo déspota, Díaz; “leyes estúpidas”, exclama el revolucionario Vasconcelos; “leyes bárbaras, por haberse demostrado, según Esquivel Obregón, que son un crimen contra la civilización” (*Ob.* p. 283); “leyes impuestas a fuerza de balazos, bayonetazos, cintarazos, prisiones, martirios y escarnio a la conciencia popular” (*Ep.* 25 feb. 1923), suelta Bulnes, “la miseria todo lo ha invadido, decía en 1875 el episcopado: nuestras ciudades están materialmente cubiertas de ruinas; millares de millares de pobres resienten más que nadie esa inmensa falta de bienes eclesiásticos” (*Inst.*).

Coincidiendo esta vez con los obispos, deploran escritores liberales y el gran pillastre, Luis Cabrera, la ruina causada por esas leyes verdaderamente “bárbaras”. Asienta Cabrera: “Las leyes de desamortización, aplicadas a los ejidos, fueron un error muy serio y muy grande: de ellas data el empobrecimiento absoluto de los pueblos, y la conversión de sus habitantes en esclavos de las fincas” (*Cabr.* p. 15. 19. *Soc.* p. 165). Confirma Obregón: “La ley de desamortización, al suprimir la propiedad comunal, dejó a los pueblos sin propiedad común, sin propiedad privada (*Pres.* 29 dic. 1914), causando su actual y absoluta miseria” (*Ob.* p. 276. 17), al grado que “diez familias, decía un diario clerófono, cambiarían gustosas su situación por la de un caballo americano” (*El Siglo XIX.* 3 mayo 1893).

“Gracias a la imposibilidad de enajenar sus tierras los indios de la América Española, que no han tenido como los de México un Juárez para reformarlos, siguen usufructuando las propiedades que les garantizaron las leyes de Indias” (*Bol.* p. 29).

“Nosotros, dice otro liberal, hemos sumido más y más a los indios en el tenebroso sumidero de la más negra miseria” (*Wis.* p. 650), fenómeno que el Superior de los franciscanos de California, Fray Narciso Durán, había pronosticado en 1840: “Para destruir la prosperidad de una nación no hay más que empezar a robar a la Iglesia.... Todos los que robaron los terrenos de la Iglesia y de los indígenas en California fueron castigados de Dios aun en esta vida: entre ellos el riquísimo gobernador, Pío Pico, que en sus últimos años vi-

vió de limosna y fué sepultado de caridad, como el último de los mendigos" (*Eng.* IV. 172. 111).

Durante el califato de Díaz, "el mexicano tenía que emigrar en número que espanta. Si emigraba era porque buscaba un medio menos ingrato donde encontrar lo que le negaba su patria: el poder formar un hogar que es la concepción más rudimentaria de esa abstracción sublime llamada patria" (Dr. Fco. Vázquez Gómez. *Pr.* 15 oct. 1916).

Para atajar esa emigración en tiempo de Calles, se suprimieron los coches de segunda y tercera en los trenes con destino a la frontera, a fin de que el aumento de los gastos de viaje detuviera la salida de los mexicanos. Después, se prohibió emigraran los que no contaren con recursos para sostenerse fuera del país; finalmente, se trató de establecer un impuesto de \$500.00 para cada emigrante; pero, todo en vano. "Los coches de tercera de todos los trenes que pasan por Guaymas con dirección a la frontera, decía *La Tribuna* de aquel puerto, vienen tan llenos de pasajeros, que ni en los asientos de los pasillos queda lugar para que se cuele un alfiler" (*Diar.* 20 ag. 1927). Nada, absolutamente nada podía detener la corriente de aquel río humano que a todo escape huía de su patria convertida en infierno por los demonios que la torturaban, Obregón y Calles.

En ese año de 1927, 12 de mayo, decía un telegrama de México: "Volvieron a la capital unos turistas horrorizados al haber visto a 30 millas de la ciudad, camino de Ozumba, a 142 cadáveres colgados de los postes de telégrafo por orden de los corchetes de Calles".

No menos horroroso lo referido a *La Gaceta* de Guaymas (5 ag. 1927) por unos de los escapados de la horca. "Nosotros venimos huyendo más que de la miseria y otras calamidades, de la falta de garantías para nuestra vida. En los Estados del Sur, la gente del pueblo es racimo de horca para cualquier militar o jefe de acordada, que matan hombres pacíficos tan sólo por ansia de imponer el terror, a fin de que nadie se oponga contra sus desmanes. Yo he visto vestir un árbol con un grupo de humildes trabajadores a quienes un jefe militar sospechó haber estado en contacto con los católicos alzados. Las madres, esposas e hijos de aquellos infelices imploraban de rodillas clemencia para ellos, tratando de convencer al jefe de que eran inocentes; pero el jefe fué inflexible, y a poco 9 desventurados se mecían colgados de un árbol".

En cambio, para colonizar las tierras arrebatadas a millares de mexicanos por la tiranía de Calles, éste admitió caravanas de judíos, que compran a vil precio propiedades arrebatadas al clero (Octaviano Elizalde. *Pr.* 30 marzo 1934), gozan según la prensa oficial de todo género de garantías por parte del gobierno (*Pr.* 16 set. 1933), quien les regaló en la Capital, para convertirlo en sinagoga, el templo de Jesús María arrebatado a los católicos. (*Reg.* 7 enero 1934).

A esos enemigos de Cristo, como tales muy gratos a la masonería, habíales ofrecido Calles, de paso por Nueva York, recibirlos en México con los brazos abiertos. Le contestó el Rabí Zielan: "Dentro de dos años espero tener colocados en su país cien mil israelitas". Son ahora cincuenta mil que llaman a México su "segunda patria" (*Defensa*. 30 set. 1935) en la cual no hay un solo judío que haya iniciado empresas útiles, o trabaje la tierra (*Defensa*. 15 en. 1935), ocupándose únicamente, así lo dijeron, en "apoderarse del comercio de México" (*Pr.* 7 ab. 1928).

"Cuando estaba yo en Manzanillo, en 1927, escribe el periodista McCullagh, desembarcaron 37 familias asiáticas que iban a colonizar la hacienda de la Estanzuela y otras en varios Estados, superando los extranjeros a los del país en ciertos lugares, como Mexicali, donde hay 7.000 chinos contra 4.000 mexicanos" (*Gan.* p. 8).

Un año después, la Federación de Sindicatos avisaba a los braceros mexicanos que no fueran a Baja California, por estar allí el comercio y todas las labores en manos de chinos que sólo emplean a sus connacionales. (*Pr.* 13 sep. 1928).

10. — LOS INDIGENAS EN BUENAS CIRCUNSTANCIAS SON
LOS QUE CONSERVARON SUS TIERRAS COMUNALES Y
RESISTIERON LA PARCELACION ORDENADA POR MA-
DERO. — VENTAJAS QUE DE SUS TIERRAS
SACABAN LOS INDIGENAS.

Del mexicano que por no poder emigrar tiene que permanecer en su país, triste pintura traza el viajero que entra a México. Nota desde luego el contraste entre las estaciones ferrocarrileras americanas con su aspecto de correcta actividad, y las estaciones mexicanas, centro de vagancia, mendicidad, inmundicia y prostitución. "Aparecen hombres, mujeres ostentando su puerca miseria, haciendo de ella pedestal para acercarse a las ventanillas de los trenes y lanzar su lamento pedigüeño. Nada más natural. El tren ha llegado al país de los mendigos, the beggars' land, dicen nuestros vecinos" (S. Quevedo y Zubieta. *Campañas de Prensa*. p. 174); al país de esas "pocilgas pestilentas y sombrías en que la humanidad se acuesta por tierra al nivel de la bestia" (*Cau.* p. 313).

Avergonzado de esa miseria causada por el robo de los ingresos tributarios del municipio, el gobierno hubo de confiscar a unos yankis fotografías de aquellos mendigos, y por ese delito, imponerles una multa de 20 pesos. (*Pr.* 15 dic. 1930) A los aviadores extranjeros que se internen en México, prohíbeseles llevar cámaras fotográficas, por temor de que publiquen tales películas, con menoscabo del bienestar, progreso e ilustración en que ha colocado al país la revolución libertadora. Contra esa campaña denigrativa hasta se

propuso repartir entre los limosneros de las estaciones del ferrocarril, palillos de dientes que den la impresión de que acaban de comer, y un poco de carbonato para que eruten hondamente y sea completa la ilusión.

Los únicos indígenas no reducidos a tan extremada pobreza son aquellos 2,082 pueblos que, oponiéndose con energía a la parcelación de sus ejidos en tiempo de Juárez, lograron conservarlos a espaldas de la ley. (*Who*. p. 85)

A la revolución social y agraria promovida por Madero, que enviaba cada mes fondos al comunista Magón, su "admirado maestro" (*Morias*), débese el que los indígenas del Estado de Chiapas, "todos ellos propietarios" (*Ext. Ab.* 1917), los de Yucatán, Jalisco, Guanajuato, Querétaro, Guerrero, los de una parte de los Estados de San Luis Potosí y Zacatecas, casi todos los de Michoacán y los más de Hidalgo y Sierra de Puebla, no se hubiesen unido a la revolución maderista. Donde a pesar de las leyes de Reforma, se han conservado los terrenos de comunidad, los indígenas no sólo vieron con recelo la descabellada parcelación de sus tierras, sino que en Oaxaca un millón 200.000 de ellos se opusieron a ella con las armas, dictándoles el sentido común que era éso un medio infalible para quedarse sin propiedad de ningún género, en tanto que sin necesitar capital aquella propiedad común les proporcionaba ventajas enormes de las que sólo queda un triste recuerdo.

Los agraristas venidos después de Madero quisieron también repartir tierras; y en casi todos los Estados hubo resistencia en aceptarlas: algunos pueblos, como Coquimatlán, Colima, por considerar ese reparto ruinoso para el pueblo (*Ep.* 15 mayo 1921); otros, como los de Chihuahua, por no querer tierras que mañana les quitaría a sus hijos otro gobierno enemigo de la propiedad (*Am.* 5 ab. 1923); otros, como los de Zalamea, armados y resueltos, recibieron hostilmente a los agraristas, diciendo que preferían, por más ventajoso, seguir cultivando en aparcería. (*Ep.* 5 junio 1921) Los más de los pueblos, dando a la comisión agrarista una lección de honradez, rechazaron con altivez su ofrecimiento, por no convenirles recibir, decían, tierras arrebatadas a sus dueños legítimos. (*Ep.* 15 mayo 1921).

Antes de la Reforma, con el sistema ejidal, "los indios sacaban de los montes madera para vender en leña, en vigas, en morillos, en carbón para alumbrarse, calentar sus hogares y caldear sus hornos de teja, de ladrillo y de alfarería. En las llanuras hacían sus siembras de maíz, frijol, chile y otras semillas, y tenían pastos para sus animales, como guajolotes y gallinas. De los terrenos áridos extraían barro, tequexquite, cal, piedra de construcción y aun metales. En los terrenos donde había agua se dedicaban a la pesca y a la caza de patos y otras aves. En la comunidad tenían la ventaja de la posesión inalienable de la tierra, sin peligro de perderla en las bajas de su miserable fortuna.... No ha acer-

tado México independiente, confiesa derrotado el socialismo, con un sistema más eficaz de ayudar a la raza indígena que el de la comunidad" (*Mol.* p. 57).

11. — CON SUS INJUSTAS CONTRIBUCIONES Y LEYES DE DESAMORTIZACION, PROMOVIO LA REFORMA SANGRIENTAS REVOLUCIONES AGRARIAS.

Sobre los infelices "campesinos, que son siempre los mejores amigos de los señores curas", (Mons. M. Mora. *Reif.* p. XIII) se complacía Díaz en hacer gravitar los cargos más pesados de la administración, más bien, "todas las cargas nacionales" (*Mol.*), incapacitándolos para competir con los grandes agricultores cuya principal ganancia consistía en no pagar contribuciones. Para que se trasparente la exorbitancia de esa injusticia, vayan algunos ejemplos que nos ofrece el Estado de México. La hacienda de La Gavia, valuada cuando menos en 6 millones, ha pagado sus contribuciones como si valiera \$362.695; la de San Nicolás Peralta, que no vale menos de 2 millones, como si valiera \$417.790; y la de Arroyozarco, que por lo bajo vale 1 millón y medio, como si valiera \$378.891; al paso que el fisco, siempre inexorable a la pequeña propiedad, llegó a gravar por el ramo de pulque a los indígenas del distrito de Tenancingo, donde no hay casi magüeyes, con más altas contribuciones que el distrito de Otumba compuesto de grandes y ricas haciendas pulqueras. (*Mol.* p. 95). Así en todos los demás Estados.

En el de México las operaciones notariales de bienes raíces avaluados en \$10, costaban al pobre \$1.50, o sea el 15%, mientras el rico que otorgaba una escritura de un millón de pesos, pagaba al notario que la extendía, no los \$150.000 que en justicia debería pagar, sino \$40, vale decir, el 4 milésimo por 100, cantidad verdaderamente irrisoria. (*Mol.* p. 139).

Por ese cúmulo de injusticias inaguantables, y principalmente por la destrucción de los ejidos, tanto los pueblos desamortizados como los amagados con igual despojo, se alzaron en 1869 y promovieron en Michoacán, Querétaro, Veracruz, Puebla (*Mol.* p. 53) y Chiapas, "una insurrección tal que no se había presentado desde hacía más de dos siglos" (*Cos.* XXI. 61), la que "indudablemente, confiesa el liberalismo, hubiera llegado a una guerra de castas peor que las religiosas, si en Estados como el de Oaxaca donde impera el sistema de comunidad, se hubiera procedido bruscamente con la ley de fraccionamiento". Frente a esa pavorosa amenaza tuvo el gobierno que capitular ante los indios, cuyo sistema de propiedad comunal subsiste hasta la fecha, obligado a consentirlo el gobierno (*Bas.* p. 292.288), como lo consintió Juárez al autorizar a los tarahumares para que siguieran poseyendo en comunidad los bienes que tenían antes de la supresión de los jesuitas. (*Dcm.* III)

Por confesiones aquí emplazadas de autores liberales, es evidente que ellos han sido con sus leyes de desamortización la causa principal de las revoluciones agrarias que los indígenas, exasperados de no hallar justicia, han venido promoviendo de la Reforma acá. Según Alamán, más de 200 años transcurrieron en que el ejército permanente de Nueva España consistía tan sólo en la guardia personal del virrey, la que a veces no pasaba de 20 alabarderos. ¿Qué sublevación hubo jamás durante los tres siglos de dominación española, “apoyada en un ejército de un poco menos de 3.000 soldados encargados de conservar el orden en el vasto virreinato de Nueva España, desde los límites de Oregón hasta Guatemala?” (*Vas.* IV. 388), cuando el México revolucionario, que no constituye ni la tercera parte de lo que fué virreinato, proclamó que no 3.000, sino 100.000 soldados necesitaba (*Pr.* 31 oct. 1932) con un general por cada 100 soldados (*Pr.* 13 de mayo 1933) y un presupuesto de Guerra nunca visto en México, de 62 millones (1934), y otro de 125 millones para un ejército de constabularios (*Bol.* p. 25), con el único fin de defender, no la integridad y honor de México, sino a los “inmundos presidentes”, dijo Vasconcelos (*Pr.* 5 en. 1935), que a un pueblo culto digno de mejor suerte le impone en odio a su religión el gobierno de la Casa Blanca.

En 1887 el ejecutivo de Chiapas y con él Fco. Cosmes, Andrés Molina y Diego Fernández decían en alabanza del calumniado gobierno virreinal: “Nosotros somos para los indígenas peores que los conquistadores... Los indígenas se convierten fácilmente en dócil instrumento de banderías reaccionarias, tienden la vista hacia atrás e inclínanse al antiguo régimen; porque el actual no mejora su situación” (*Lib.* n. 17. año 1887). Nos explicamos con Molina:

“Una vez que los indígenas enajenaban sus fracciones, no tenían ya de qué vivir. No habiendo ya leña, vigas, ni carbón que vender, ni rajas con que hacer sus tortillas, ni leña muerta con que quemar los trastos de barro de su industria alfarera, ni caza, ni pesca, ni legumbres con que alimentarse, dejaban de ser hombres pacíficos para convertirse en soldados mercenarios prestos a seguir a cualquier agitador”, según en el Congreso se dijo: “El pauperismo es la lepra que nos mata, por ser el origen de nuestras revoluciones” (*Mol.* p. 58. 124). “Acaparados los productos naturales de que viven muchos pueblos, escribe el jacobino Diego Fernández, despojados los propietarios de sus tierras, fraccionados y defraudados los terrenos de común repartimiento, el pueblo no tiene elementos para comer y se lanza a la revuelta” (*Osé.* p. 333).

En tiempo de Juárez, “el gobierno, escribe Cosmes, ningún caso hacía de la sublevación de los indios que no podían poner en peligro inmediato su existencia... Probablemente esa actitud de indiferencia absoluta respecto a los in-

dígenas pudo determinar hasta cierto punto sus sublevaciones en distintos puntos del territorio. En efecto, debía esperarse de un indio de raza pura que una vez que hubo llegado al poder supremo mejorase la triste condición social que guardaban sus hermanos y se propusiese resolver esa cuestión agraria que, todavía hoy, está preñada de amenazas para los mexicanos blancos y mestizos" (XX. 787. 790).

Después de tanta sangre vertida para redimir aquella raza, proponía un comunista de viso en 1934, que se luchara por la emancipación del indígena que, según aquél, se encuentra actualmente en condiciones económicas peores que en la época colonial. (*La Palabra*. 27 ag. 1934).

12. — EL INTERES DE JUAREZ EN PRO DE SUS HERMANOS CONSISTIO EN FUSILAR A LOS ALZADOS EN DEFENSA DE SUS BIENES DE COMUNIDAD. — NUEVAS INIQUIDADES CON MOTIVO DE LA LEY DE BALDIOS. — BRUTAL DESAMORTIZACION DE LOS BIENES DE LOS INDIGENAS. — INSURRECCION DE LOS YAQUIS. — CARNICERIA QUE DIAZ EJECUTO CONTRA LOS INDIOS DE PAPANTLA Y OTRAS PARTES. — LA ESCLAVITUD EN MEXICO.

De los nueve millones de hectáreas de ejidos que las leyes mandaban dividir entre los comuneros, apenas se expidieron 19,883 títulos, representantes de la insignificante cantidad de 582,237 hectáreas, (*Vera*. p. 157) las que muy en breve fueron a dar a poder de los grandes propietarios.

Tan del gusto de Juárez era aquella resolución de la cuestión agraria, promovida nunca para mejorar a los indígenas, sino únicamente para despojar a la Iglesia, que "ningún esfuerzo hizo para subdividir entre los de su misma sangre la propiedad territorial. Cuando al gran terrateniente, Pablo Martínez del Río, le confiscó su propiedad por haber sido del Río partidario de Maximiliano, naturalmente se creará que Juárez aprovecharía esa confiscación para subdividir aquella enorme finca entre los indios; pero no fué así: la vendió a Enrique Muller, ciudadano americano", así como vendió las propiedades de otros imperialistas, verbigracia, las del marqués de Aguayo, uno de los más grandes terratenientes del país, (*Ob.* p. 294. 293. 318) sin acordarse para nada de "los de su misma sangre". "El Emperador Maximiliano, sin tener sangre india, era más indianista e indianófilo que el mismo "indio sublime" (*S. Alvarez. Pr.* 12 jun. 1929).

Lo único que hizo Juárez en pro de sus atezados hermanos, fué auxiliar al Estado de Chiapas con \$3.000 mensuales y 600 fusiles para matar los indios sublevados contra la ley que los despojaba de sus ejidos. (*Decr. Congreso.* 29 oct. 1869).

Aquellas sublevaciones que provocó la indiferencia de Juárez respecto a los de su raza, por él sin piedad expolia-

dos, repitiéronse con mayor recrudescimiento aun bajo Díaz quien acabó de arrebatár sus terrenos a los indígenas que habían logrado escapar del gran saqueo de la Reforma. El relato de robo tan descarado no podrá tacharse de tendencioso, siendo que fluye de la pluma cîncunspecta de aquellos liberales cuyo "patriotismo manda callar la verdad histórica cuando desprestigia a los héroes de la patria" (*Gue.* p. 6), y "favorece la misma leyenda falsa y absurda cuando ella contribuye a prestigiarlos" (*Fals.* p. 6. 66. 65), dicen Bulnes y Cosmes.

"Al insolente desdén con que hemos visto siempre los liberales, confiesan éstos, los más caros intereses de los indígenas" (*Wis.* p. 442), debióse aquella "política destructora de los derechos de propiedad que Díaz puso en práctica. Su ley sobre baldíos monopolizó el terreno nacional con despojar a los muchos para enriquecer a unos pocos, y sirvió en gran manera para preparar la insurrección maderista" (José Lorenzo Cossio, *¿Cómo... se ha monopolizado la propiedad rústica de México?* 1911).

"Díaz obligó a los indios a comparecer ante las autoridades con fecha determinada y a presentar bajo pena de confiscación pruebas de la propiedad de sus tierras. Una inmensa mayoría de indios era analfabeta, y la mayor parte de ellos estuvieron incapacitados para darse cuenta de esta ley. Habiendo dejado de registrar sus propiedades, perdieron por ese hecho sus títulos, y millares de indios se encontraron repentinamente despojados" (Edwin F. Ladd. *Nuestro Deber hacia México*).

Merced a ese decreto y "con el deseo de adquirir grandes extensiones de terreno para aguardar alzas en los valores y especular con ellos, hubo durante el régimen porfiriano una verdadera orgía en que se traficó con las propiedades privadas y comunales, se destruyó la pequeña propiedad y se arrancó del suelo a millares de labradores que no sabían ni habían hecho jamás otra cosa.... Yo he visto en periódicos oficiales las órdenes que las autoridades daban a los indígenas para que abandonaran sus hogares y entregaran sus terrenos a los avariciosos denunciadores. Aquellos infelices, que no tenían más falta que no haber poseído el título escrito en que constara la propiedad de las tierras donde sus antepasados, desde mucho antes que Cristóbal Colón naciera, habían vivido en paz, preferían morir cazados como fieras o abandonados en las prisiones antes que salir de lo que era para ellos la única patria" (*Par.* p. 91-2). "La injusticia cometida con aquellos despojos, agrega Lara Pardo, preparó la revolución y le dió el carácter de hostilidad implacable contra la gran propiedad. El deseo de reivindicar aquellos derechos conculcados infló las filas revolucionarias, y después el grito de odio contra los conculcadores atrajo a los que vieron ocasión propicia para adquirir fácilmente en el

momento de la redistribución de la riqueza rural" (*Pr.* 4 mar. 1916).

Acerca de los procedimientos que usó Díaz para despojar a los yaquis a quienes "hizo una injusta guerra que costó más de 50 millones de pesos y millares de vidas sacrificadas estérilmente" (Dr. V. Gómez. *Pr.* 8 oct. 1916), escribe un liberal: "Leguas de las heredades de las comunidades indígenas fueron confiscadas por los agentes de Díaz y vendidas en privada subasta a compañías ferroviarias o agrícolas, yendo a parar los dineros, no a las arcas del fisco, sino a las de los insaciables magnates. ¿Qué otra cosa, sino ese crimen de expropiación, ha originado la guerra de los yaquis? Desde la conquista de México, esta tribu ha estado en posesión de los fértiles terrenos situados en ambas márgenes del río Yaqui, entregada pacíficamente a la industria agrícola y pastoril. Mas ese derecho a la propiedad, sancionado por los siglos y todos los gobiernos, ha quedado disuelto por la voluntad omnipotente de Díaz y la codicia desenfrenada de tres de sus compadres, Pedro Joaquín Redo, Luis Terrazas y Ramón Corral. Estos imprudentes caciques ambicionan esas campiñas, y a instancias de ellos, se ha hecho una campaña de barbarie contra esos valientes indios a los que se caza como fieras, incendiando sus jacales, trojes, y sementeras. Los soldados dejan a su paso un rastro de sangre, de ruina y de desolación. En esa guerra han sucumbido más de 15.000 indios, sin que hasta hoy hayan podido ser subyugados. Ultimamente, una diputación de éstos fué ante el jefe que operaba contra ellos, exponiéndole que no comprendían el por qué se les hiciera la guerra; pues que acataban las leyes y respetaban las autoridades constituidas. Por toda respuesta, el jefecillo ése mandó ahorcarlos en racimo del primer árbol a la mano" (*P. D.*).

En esa guerra infligieron los yaquis pérdidas tan considerables a las tropas mexicanas, que el jefe de éstas remitió mil kepis al ministro de Guerra con el requerimiento de que los llenase de nuevos combatientes. (*Colu.* dic. 1906) "Al enviárselos, Díaz les ordenaba que no trajeran prisioneros" (*Par.* p. 52), orden que se cumplimentaba sacando a despojado a los yaquis y haciéndolos matar por detrás a balazos y a puñaladas. En 1910 oyóse en un tribunal de Colima a un jefe de policía hacer esta monstruosa declaración: "Si se me hubiera mandado robar lo hubiera juzgado indebido; pero se me mandó matar y ésto no me causó escrúpulo alguno" (*Pa.* 2 ag. 1910). Otro miembro de la policía de Díaz declaró ante un tribunal de la Capital: "De esa manera he visto matar cuando soldado a más de 400 yaquis prisioneros" (*Gen.* p. 240).

Esta era la clave para resolver en los cementerios cuando menos la llevada y traída cuestión agraria: a cada indio se le daba su pedazo de tierra indispensable. "Para entenderse con salvajes, los feroces fanáticos de Sonora, aulla

una hiena liberal, no hay más que dos medios: la Espada o la Cruz. No siendo posible tratarlo debidamente con misioneros católicos sin infracción de la Constitución, hay que aplicarles el código salvaje, o sea, la sabia ley fuga" (*Di.* p. 75).

En Campeche, Yucatán, Chiapas, Morelos, Veracruz, en toda la extensión de la República, repitióse la carnicería que en Sonora se había ejecutado.

En Veracruz, el rico valle de Papantla es hoy propiedad de una sola familia, cuando más antes en él se mantenían 20.000 indios acomodados e independientes. Sin embargo, allí la expoliación no se verificó sin resistencia. Miles de gendarmes montados y una división del ejército cayeron como avalancha sobre el valle, y durante 15 días se entregaron sin descanso al degüello de sus legítimos dueños. Nunca se pudo averiguar cuantos habían sido los muertos. Asevera un socialista (*Gu.*) que ni uno solo de esos 20.000 indios quedó con vida. Era tanta la tarea de sepultarlos que un mes después de aquella carnicería, a varias millas de distancia del valle, despedían un hedor insoportable millares de cadáveres en estado de descomposición quedados insepultados. Concluye Bulnes y muy cargado de razón: "Los mexicanos independientes (o sean los liberales) se han librado de los indios,... que eran los primitivos poseedores de estos territorios, exterminándolos" (*Ment.* p. 158) y proclamando después por la boca barbilampiña del indio de Guelatao: "Hemos roto las cadenas que nos tenían maniatados al vil poste del sistema colonial" (*Manif.* 17 jul. 1867), cuando lo que habían roto eran los cráneos de millares de indígenas alzados en defensa de sus bienes comunales.

A muchos de los escapados de aquella matanza los "ató la Reforma al vil poste" de la esclavitud, vendiéndolos como bestias de carga, según largo y tendido hablamos en *El Colonaje y sus Detractores*, acerca del restablecimiento de la esclavitud bajo Juárez, Calles y Díaz.

Aun en 1909 y a las barbas del propio Díaz, "Yucatán hacía con mexicanos un comercio que nada tenía que envidiar la antigua trata de negros" (*Mol.* p. 202). "El verdugo de Orizaba", Rosalino Martínez, subsecretario de Guerra, en colusión con el Lic. Rosendo Pineda que le prestaba su influencia y servicios profesionales, era el contratista de carne humana encargado de deportar los yaquis a Yucatán, en donde eran vendidos como ganado mular a \$80 cabeza. Enterada de aquellas infamias pidió la Sociedad Antiesclavista al gobierno británico interviniera ante el presidente Díaz para que cesara tan nefanda esclavitud, petición que fué rechazada con desdén. (*Colo.*).

Es una tesis incontrovertible por lo evidente, que Madero no hubiera sido presidente, Carranza habría seguido de senador vitalicio, Obregón de garbancero, y Calles de cantinero y contrabandista, sin los desmanes del caciquismo bru-

tal que apuntalaba a la dictadura de Díaz, “viejo déspota que entronizó en cada ciudad, en cada villa, en cada lugarejo, un tirano sin entrañas, incansable de sangre, de dinero y de lujuria” (*Paí.* 13 ag. 1911). ¿Quién no recuerda con horror al cacique cavernario, Silvino García, que balaceaba al que pasaba frente a su cuartel sin saludarle; al cacique idiota, Luis Cervantes de Puebla, que multaba con \$2.000 a todo aquel que no regaba la calle a las doce en punto del día; y al cacique matón, Torres Aranda, que tras saquear las casas del vecindario, fusilaba a un indio hambriento por el robo de una torta de pan? (*Diar.* 11 marz. 1928).

Era esa dictadura, de cuyo vientre brotó el viborero de truhanes, bandoleros y asesinos que vienen asolando a la nación, “un espectáculo de agresión horrible, de colosales despojos, de monopolios irritantes, de conculcación de todos los derechos, de persecuciones tan cobardes como brutales a la prensa, de robos de terrenos y aguas a los infelices indígenas, a los pueblos y comarcas; de caciquismo feroz, de prostitución judicial a extremos de que ya la ciencia jurídica y la justicia eran inútiles; pues, todo: lo civil y lo penal se fallaba por razón suprema de consigna; en una palabra, espectáculo de bandolerismo sin límites en todas las esferas del orden público y aun privado; un robadero colosal, inaudita prostitución de la conciencia oficial y personal; libertad sólo para los vicios; equidad sólo para los cómplices; triunfo sólo para el más rico; curules y empleos para los más obedientes; justicia, ninguna; esperanza, ninguna; remedio uno solo: la guerra. He ahí la historia, el hecho y la crítica del jacobinismo de las sectas anticristianas en el poder, durante muchos lustros en la República mexicana” (*T. Sánchez Santos*).

13. — LAS LEYES DE DESAMORTIZACION AGRAVOLAS DIAZ CON SU LEY DE BALDIOS. — DESCONOCIO ESA LEY MAS DERECHOS Y DESPOJO MAS INDIGENAS QUE LA LEY DE BALDIOS EXPEDIDA POR JUAREZ. — INIQUIDADES COMETIDAS POR UNA ENVILECIDA MAGISTRATURA CON LA LEY DE BALDIOS. — DIAZ TILDANDO DE INGRATO AL PUEBLO. — GRITO FAMELICO DEL PUEBLO.

Si Juárez limitó a 2,500 hectáreas, lo que era considerable, la cantidad de baldíos que un denunciante podía adquirir (20 jul. 1863), Díaz quitó (ley 26 marzo 1894) todo estorbo al acaparamiento de esos terrenos, y así creó, sobrepujando a Juárez, aquellos latifundios de una extensión nunca vista ni aun soñada en la época virreinal (*Esco.* p. 33), que constituyen ahora una fatal amortización de la tierra. (*Mol.* p. 103).

Parecía que eran esos terrenos un estorbo para la Nación; que el que los acaparaba mediante un falso deslinde y por un precio irrisorio pagado con bonos despreciados valuados

en un 35%, hacía un favor al gobierno, algo así como una obra patriótica... (*Esco.* p. 12. 34).

De 1857 a 1906, Juárez y los gobiernos que siguieron enajenaron, en números redondos, 13 millones de hectáreas de propiedades comunales; Díaz repartió casi gratuitamente, entre 28 de sus amigos, más de 58 millones de hectáreas de una extensión del tamaño del territorio francés (*Who.* p. 77. 78), que Vera Estañol sube a la quinta parte de la superficie total de la República. (*Vera.* p. 149).

Al amparo de Díaz, formóse una sociedad de hacendados con el fin, decían, "de ir a pelar indios", ésto es, arrebatarles aquellas de sus heredades que a fuerza de terquedad habían logrado salvar de la ley de desamortización. La ley de baldíos, que era la aplicación hecha más gravosa de la que dió Juárez sobre bienes de comunidad, desconoció brutalmente la existencia de todos los pueblos y grupos indígenas que no habían podido llevar sus derechos territoriales hasta la titulación, y vino a desconocer más derechos y despojar más indígenas que la ley de baldíos expedida por Juárez (*Mol.* p. 130).

En Morelos, un hacendado quitó a Cuautla no sólo sus ejidos y su agua, sino hasta su fondo legal, llegando a confundirse con la propiedad de la hacienda las últimas casas de aquel pueblo que no tuvo en donde tirar sus basuras, porque le prohibió el hacendado usar de sus terrenos que legal y justicieramente pertenecían al pueblo de Cuautla para dichos usos. (*Pai.* II en. 1926).

"No se nos borrará jamás de la memoria, reza un socialista, el caso de los pueblos de Tixmadeje y de Dongú, Estado de México, fundados antes de la conquista, y después declarados baldíos. Duele pensar que la República haya sido menos justa para ellos que la dominación española que los respetó; y más duele pensar que si ésta les reconoció el derecho a existir por el solo hecho de existir desde antes de la conquista, la República haya considerado insuficientes este hecho y esos 400 años de no interrumpida posesión" (*Mol.* p. 131).

En los alrededores de la Capital, "Xochimilco, Chalco y sus diversos pueblos, dominio feudal de Iñigo Noriega, dijo Cabrera, no han podido obtener los indios la devolución de sus tierras usurpadas por la fuerza de los batallones. La autoridad sigue prestando garantías a Noriega para la defensa de sus enormes latifundios, hechos por medio del despojo de los pueblos que las leyes de Reforma pusieron en condiciones de vida tales que jamás al más cretino de los monarcas españoles se le habría ocurrido que un pueblo pudiese vivir en esta forma" (*Cabr.* p. 18. 15).

Y cuenta que "de los dos millones y pico de presupuestos de egresos que tuvo Díaz a su disposición durante sus 35 años de califato, y "despilfarró en vencer resistencias y comprar rebeldes voluntades a favor de las castas predatoras, nunca

jamás invirtió un solo centavo en regar ni fertilizar las tierras en que millones de indígenas pasaban la vida trabajosamente, sacando apenas un puñado de granos con que saciar su hambre" (*Par.* p. 79. 93).

Aun más: "empobreció Díaz al pueblo", vale decir, a los indios, con hacerles pagar las principales líneas ferrocarrileras que a sugestión de los yankis se construyeron para servir únicamente a los intereses de éstos en perjuicio de los de México; y con haber garantizado por centenares de millones, a sugestión del "prevaricador" ministro Limantour, aquella empresa que "nació para la quiebra y ha vivido con ella". Así Esquivel Obregón en su obra "Mi labor en servicio de México".

Al amparo de la ley de baldíos, cuyos enmarañamientos eran otras tantas emboscadas para despojar al sencillo indígena, "oprimido ya por mil expoliaciones fiscales" (*Wis.* p. 575), "cometiéronse, dice Lara Pardo, muchas atrocidades. El caso más frecuente era computarse como baldíos y adjudicarse al denunciante, siempre persona de influencia política, terrenos trabajados por pequeños agricultores ajenos a todos los achaques del código civil, y que, en posesión tradicional de sus tierras, y sin más preocupación que sacar de ellas lo suficiente para sus escasas necesidades, no se habían cuidado de legalizar sus títulos de hecho incontrovertibles. En los archivos de la Suprema Corte, en la que penetró la prostitución oficial, pueden hallarse por millares, durmiendo el sueño eterno, expedientes de amparo contra autoridades que, sin más derecho que el de la fuerza, arrancaron de los legítimos propietarios en pequeño tierras en buen estado de labranza, para acrecentar las de gobernadores, jefes de zona, jefes políticos, alcaldes o íntimos amigos de Díaz" (*Pr.* 4 mar. 1916).

"Si el mediero robado de su cosecha por el hacendado, a pretexto de un préstamo usurario o deuda ficticia, se queja al juez, lejos de recuperar lo suyo se verá reducido a prisión; el jefe político le consignará al servicio de las armas con denigrantes informes, y el hacendado quemará los jacales y arrojará lejos de la hacienda a la esposa e hijos del desgraciado trabajador. Esas iniquidades se cometen con espantosa frecuencia y verdadero lujo de crueldades" (*Wis.* p. 658. 1093. 1092. 1094).

"De muchos pueblos de indígenas éstos fueron bárbaramente lanzados, decía monseñor Gillow, para que los gozaren los amigos de Díaz, yankis los más de ellos. A los indígenas de un pueblo llamado Jagueyes, nada les valió exhibir los documentos probatorios de sus títulos de propiedad secular: los jueces debidamente instruídos desde Chapultepec se los arrebataron violentamente y los incineraron" (*Ini.* p. 128).

Con anuencia de Díaz, gran desarrollo tuvo la violación de mujeres por los sátiros de aquella administración. "Hubo

individuos que fueron consignados al ejército, porque sus esposas, hermanas o hijas rechazaron las proposiciones de los caciques que querían saciar en ellas sus apetitos sexuales. Convirtiéndose esta práctica en venero de oro que explotaban los empleados del ministerio de la Guerra, cobrando 50 o 100 pesos por el rescate del individuo que pretendía libertarse de tan pesada carga, sólo por tener en su familia mujeres agraciadas" (Antonio Melgarejo. *Los Crímenes del Zapatismo*. México 1913).

¿Qué devoto de Díaz podrá jamás decir de él lo que del gobierno español un enemigo de éste, el anticatólico, Robertson: "Las leyes de Indias emanaron de un Consejo que nunca pronunció una sentencia injusta?" (*Ment.* p. 282), en tanto que durante el califato porfiriano, dicen a una liberales: "El pueblo tuvo hambre y sed de justicia" (*J. Sierra*); "la injusticia se entronizó por todas partes, no habiéndose oído decir que en toda la extensión de la República hubiera habido jueces dispuestos a resistir a la iniquidad... Los jueces han llegado a formar en el país la agrupación más desacreditada" (*Ob.* p. 183. 281) y a la vez más peligrosa con el arma de la ley, que un criminal con el verduguillo.

"En su historia, cuando se escriba, se revelarán cosas monstruosas (*Soc.* p. 108). "Todo negocio recomendado por Díaz era fallado favorablemente; todo negocio condenado por Díaz lo era también por jueces y magistrados: la regla era general" (*Who*).

Entre los abogados predilectos del dictador, en cuyo favor daba las consignas y cuyos bufetes les producían hasta \$200.000 al año, (*Osé*) distinguíase Manuel Calero que por recomendación de Díaz ganó ante la Suprema Corte el asunto de la mina del Tigre que tuvo que perder el Lic. Pineda. (*Prid*).

La Suprema Corte, según uno de sus ministros, Alonso Rodríguez Miramón, resolvía sobre la propiedad, el honor, la libertad y la vida del hombre, consagrandole a cada uno de esos juicios, 3 o 4 minutos solamente, ni siquiera el tiempo suficiente para leerlos íntegros, tradición religiosamente observada por la crápula bolchevique.

En esa Corte había rezagados en mayo de 1926 (*Pai.* 20 mayo) 20.000 expedientes. En abril reveló un abogado ante más de 40 personas con negocios pendientes de resolución en dicha Corte (*Pai.* 2 mayo), la existencia de unos individuos que, al olfatear algún negocio de importancia, ofrecían al interesado conseguirle que su asunto se revisara lo antes posible, señalándole aun el día de aquella revisión. Para ese servicio piden de 10 a 20.000 pesos y mayor cantidad para comprar un voto a gusto del cliente.

Como "hasta la fecha (dic., de 1934) los ladrones han dominado a la Suprema Corte y todas las instituciones judiciales de México" (*Pr.* 29 dic. 1934), no es raro que los jueces, por tal de llenar el bandullo, se entiendan directamente con

el litigante. Cierta americano que en 1926 tenía un juicio pendiente, recibió del juez, víspera del día en que iba a dictarse el fallo, un emisario que le traía dos sentencias, una favorable, adversa la otra, diciéndole: La primera le costará \$1.000, la segunda nada le costará. (*Chicago Tribune*. 8 ag. 1926).

En la administración de la justicia a sus enemigos políticos gozaba Calles en darles tormento. ¿Quién ignora las horribles torturas infligidas al licenciado Anacleto González Flores y a José de León Toral? “A unos jóvenes de Guanajuato, por no querer gritar viva Calles, se les cortó la lengua. (*Civic*).

Declararon los rábulas de la vendida Suprema Corte tener de Plutarco Calles orden terminante de denegar toda justicia a los católicos, y castigar severamente a sus defensores.

Si la Revolución francesa y el verdugo de Hungría, judío Bela Kuhn, suprimían los abogados, Calles se contentaba con encarcelarlos. Al Doctor Aniceto Ortega, caballero de Colón, le saquearon su domicilio en la Capital los seides de Plutarco, salvándose a duras penas de ser asesinado el Doctor. Por haber pedido dos abogados amparo contra ese atropello, los internó el tirano en la prisión de Santiago.

De aquellas caricaturas de magistrados dijo en pleno Congreso y dijo bien el revolucionario Vito Alessio Robles: “La Suprema Corte de Justicia es la primera en burlarse de la justicia”, lo que ratificó el Congreso añadiendo: “No deben los jueces torcer el criterio revolucionario” (*Pr*. 16 oct. 1934), sino imitar al presidente de aquella Corte, un tal Enrique de los Ríos, que se jactaba de “ser primero revolucionario que magistrado” (*Excelsior*. 2 junio 1922).

Al ser nombrado magistrado de tan desprestigiada Corte (1935) el licenciado Teófilo Olea, aunque revolucionario, rechazó públicamente aquel cargo, “por tener la certidumbre de que no existe libertad para que los funcionarios judiciales obren de acuerdo con los dictámenes de la razón y de la justicia”.

Cuando tomó Díaz el camino del destierro, “lamentóse de que el pueblo hubiera sido para él, ingrato.” (*Di*. p. 363). ¿Y qué gratitud le mereció jamás ese pueblo “a quien no amaba, de cuya miseria más que nunca cruel y desvergonzada jamás se dolió;” (*Osé*. p. 347. *Di*. p. 218) al que terrorizó con el despojo de sus terrenos, la denegación de toda justicia, la forzada emigración al extranjero, la admisión de millares de asiáticos en perjuicio del bracero mexicano, y con el odioso sistema de la leva, la abominable ley fuga y aquella hambre torturante que duró lo que su dictadura?

Si por su buen gobierno el virrey Antonio de Mendoza fué llamado “padre del pueblo”, “Díaz, según un liberal, para nada tuvo en cuenta el grito famélico de aquel pueblo” (*Ob*) que trabajaba “con un salario irrisorio insuficiente para vivir la vida humana”, díjose en la Legislatura de Colima (*Ti*.

24 oct. 1910); "con un salario inferior al que se necesita para la manutención de una mula; inferior al flete que gana la más mala de las acémilas puesta de alquiler", sentencia el ministro de la incautación, Luis Cabrera. (*Cabr.* p. 21. 22.).

A la miseria del sueldo se agregaba el gravamen de la faena, en cuya virtud tenían que trabajar sin justa ni injusta retribución los peones desde las tres de la mañana hasta las seis, y desde las cuatro de la tarde hasta las ocho. Si por estar ardiendo en calentura o enfermos de pulmonía se agotaban sus fuerzas, el amo se las revivía midiéndoles el varejón por las espaldas, aunque después volviesen al trabajo para tirarse al suelo y morir. (*Ti.* 6 nov. 1907).

La miseria del peón clamaba al lado de la opulencia del poderoso. Y como el individualismo liberalista y egoísta pugnaba con toda asociación sindical, que hubiera fortalecido a las clases laborantes, éstas permanecieron aisladas e indefensas, tratadas muchas veces como bestias y víctimas de una sarcástica libertad contractual. Cuando los católicos, que fueron los primeros en ocuparse en el mejoramiento de aquellas clases, organizaron congresos y asociaciones obreras, y presentaron renovadores programas sociales, Porfirio Díaz, defensor de las castas predatoras, su llamada "engorda", pronto les marcó el alto con una de sus frases familiares: "No me alboroten la caballada". (*A. Junco*).

Solía repetir monseñor Gillow, grande y buen amigo de Díaz: "Muy culpable fué don Porfirio respecto a sus hermanos de raza" (*Ini*, p. 127). Su suerte nunca le preocupó; "preocupóle únicamente, asienta Esquivel Obregón, enriquecer a costa de los demás a un grupo de amigos suyos" (*Ob.*), "su engorda" (*Osé*), como despectivamente los llamaban, olvidándose el mal nacido de que él también había pasado su juventud en la mayor estrechez. De no haber sido por la protección del sacerdote que lo bautizó, del vicario que lo recogió y le enseñó latín y del seminario que le franqueó sus aulas, en vez de llegar aquel clérigo frustráneo a ocupar la silla presidencial, hubiera seguido haciendo lo que en su juventud menesterosa: zapatos, mesas, sillas, culatas de armas de fuego y herraduras de caballo.

A más de déspota sin entrañas, era Díaz consumado comediante. En plática con americanos, refiere Mr. Doheny, solía deplorar el fracaso de sus esfuerzos por aliviar la triste suerte de sus atezados hermanos. Tanta era su emoción que hasta se le cortaba el habla y lloraba a lágrima viva, diciendo entre sollozos a los crédulos yankis, que se le partía el corazón cada vez que le asaltaba recuerdo tan penoso. (*Hear.* p. 225).